

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**BRINDIS
POR LA MUERTE**

**Kellom
McIntire**



Douglas Walker, cumple cinco años de condena en el entorno duro y podrido de la penitenciaría de Hoganville. Su espíritu orgulloso y rebelde le impide plegarse a los cabecillas mafiosos, bandas de reclusos y a los corruptos funcionarios.

Su único amigo es Tony Carson, un joven que ingresa en la prisión a los pocos meses que él, acusado de homicidio en el robo de un furgón blindado y de quien todos sospechan que conoce el lugar donde se oculta la mayor parte del botín.

A la salida de la cárcel, después de soportar íntegramente su condena, Doug se entera de que su novia Flossie había sido violada y embarazada por el funcionario Eliot Boyd, que gestionaba las visitas en los locutorios de la prisión, y que después de tener un hijo, se había casado con un caballero del Este, buscando un padre que aceptara al niño.

Desde éste momento, sólo una idea fija tortura la mente de Doug, vengarse de Eliot Boyd. Con ésta idea se encamina al barrio residencial donde éste reside con su familia, esposa y dos hijos, pero un nuevo golpe le espera cuando encuentra la casa casi derruida y sus muros ennegrecidos por un violento incendio que ha acabado con la vida de sus cuatro moradores.

Habiendo decidido emborracharse, para ahogar su pena y frustración, conoce en un bar a una chica llamada Rubi, que solicita su colaboración para ayudarle, junto con dos compinches, en la fuga de su antiguo amigo Tony Carson de la penitenciaría de Hoganville.

Tras una accidentada fuga por las cloacas, y con un giro inesperado en los acontecimientos los dos amigos, Doug y Tony, unen sus fuerzas para intentar ponerse a salvo de la tenaz persecución a la que se ven sometidos...



Kelltom McIntire

Brindis por la muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1714

ePub r1.0

Lds 01.03.19

Título original: *Brindis por la muerte*

Kelltom McIntire, 1983

Cubierta: Fabá

ePub modelo

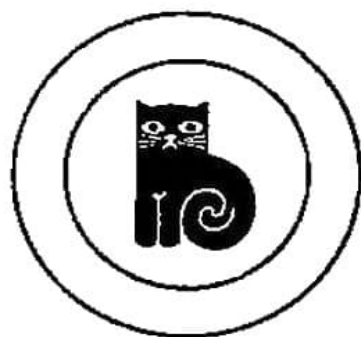
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

No, no voy a engañarles, amigos míos: no soy un buen tipo.

Y todos los que me conocen lo pregonan: Douglas Walker es todo menos una persona recomendable. Amoral, vengativo y violento, suelen especificar. Y nunca me he molestado en llevar la contraria a los que tienen tal opinión de mí.

No he hecho grandes cosas en mi vida, excepto romperle la cara a los que me hicieron alguna mala faena y ser amigo leal de mis amigos.

Pero no debo hacerme grandes ilusiones. Si alguna vez tuve amigos, han debido morir todos.

No demostré el menor regocijo cuando, a primeros de noviembre, me dieron la noticia:

—Prepara tus cosas. Te marchas mañana.

La noticia no supuso ninguna sorpresa porque yo llevaba escrupulosamente la cuenta de los días que me faltaban de prisión: al día siguiente cumpliría justamente cinco años de encierro.

Cinco años. Mil ochocientos veinticinco días. Cuarenta y tres mil ochocientas horas de mi vida encerrado en la sucia y durísima prisión de Hoganville.

Había consumido mi condena de cinco años en su totalidad, día a día, sin gozar de ninguna reducción.

Otros condenados suelen gozar del beneficio de la libertad bajo palabra cuando han cumplido la mitad de su pena. Pero yo no pude gozar de tal privilegio.

En mi expediente penitenciario figuraban varias anotaciones negativas.

«Pendenciero, belicoso y violento. Continuas reyertas y malos tratos a varios compañeros de reclusión. Desobediente y rebelde al tratamiento penitenciario. Altanero con los funcionarios. Numerosos actos de indisciplina. (Confinamiento por dos meses en celda de castigo)».

¿Pendenciero, belicoso, violento? Es posible. Yo no había «pasado por el aro» ni había aceptado las presiones de los «santones» presidiarios que dirigían la vida en la prisión. En consecuencia, había tenido que enfrentarme violentamente a homosexuales, chivatos y mafiosos.

¿Desobediente y rebelde, altanero...? También. Me había rebelado contra varios funcionarios, los cuales me hicieron objeto de una tenaz persecución por diferentes motivos. Uno de ellos pretendía obligarme a «colaborar» denunciando secretamente cualquier intento de fuga, otro se encrespó conmigo cuando me negué a comprarle cigarrillos de marihuana e incluso me amenazó de muerte si yo tenía la tentación de denunciarle al director de la prisión; un tercer funcionario se enemistó conmigo cuando le advertí seriamente que dejase de molestar a Flossie, a la que había hecho proposiciones deshonestas aprovechándose de su destino como encargado de los locutorios...

Estos tres funcionarios de la prisión, y algunos otros me tomaron entre ojos y decidieron hacerme la vida muy difícil. Aunque yo soy un experto electricista y un buen mecánico de automóviles, impidieron mi ingreso en los talleres, donde se podía obtener un pequeño jornal a cambio de diez horas de trabajo. Por el contrario, se las arreglaban para encargarme siempre los trabajos más desagradables y humillantes, la limpieza de los retretes y urinarios, principalmente.

Me vigilaban constantemente y el menor motivo por mi parte era suficiente para cargar con duros arrestos y castigos. (En cierta ocasión, tuve que limpiar los retretes durante noventa días *porque dejé caer mi cuchara en el comedor*).

Con todo, lo peor no era la injusta persecución de que me hacían objeto los venales funcionarios. Lo odioso era que muchos reclusos

participaban con saña en aquel acoso.

Como era evidente que no podía acusárseme de homosexual, pues mi primer arresto en la oscura y húmeda celda de castigo se debió precisamente a mi rechazo a las continuas insinuaciones de los sarasas carcelarios, en los despachos de los jefes de servicios aparecían misteriosamente denuncias por escrito, en las que se me acusaba de instigador de revueltas y planes absolutamente imaginarios.

Nunca pudieron demostrar tales acusaciones, puesto que yo no me preocupaba de otra cosa que de cumplir día por día mi condena. Me había encerrado en mí mismo y no tenía tratos con nadie, a excepción de Tony Carson, un joven que ingresó en la Penitenciaría de Hoganville unos meses después que yo.

Pero los funcionarios sabían descargar sutilmente su hostilidad contra mí.

En cierta ocasión, la puerta de mi celda se abrió con estrépito y cuatro vigilantes irrumpieron por sorpresa. Eran altas horas de la madrugada y yo dormía profundamente, cuando me sentí arrebatado brutalmente del lecho y arrojado al suelo sin miramientos. Y allí, sin permitirme reaccionar, los duros vergajos cayeron sobre mi espalda y estuvieron golpeándome hasta que mi camisa se manchó de sangre. De mi propia sangre.

Como locos, registraron la celda, examinaron el retrete y destriparon el jergón. Todo ello, mientras un vigilante me mantenía inmovilizado aplastando mi cuello con su enorme bota.

Los jirones de crin vegetal lo ensuciaron todo y la tela del jergón quedó convertida en unos zorros.

Cuando terminó el registro, uno de ellos me incorporó de un tirón salvaje y aproximó al mío su rostro crispado de ira.

—Te has salvado por esta vez, Walker —me escupió a la cara—. Pero no te confíes: alguna vez te pillaremos con las manos en la masa.

Me dejaron caer y se marcharon, sin que por sus mentes pasase siquiera un pensamiento de conmiseración para conmigo, que me encontraba desfallecido, martirizado y ensangrentado.

¿Qué había ocurrido?

Sencillamente: una denuncia anónima había ido a parar a la mesa del jefe de vigilantes. Según la nota, yo era el responsable de

un plan de fuga colectiva.

Por eso habían penetrado de madrugada en mi celda, esperando ávidamente hallar alguna prueba que pudiera inculparme. Y probablemente se sintieron chasqueados tras el registro, pues nada pudieron hallar que me señalase como sospechoso.

Aquel incidente me dio que pensar. Me encontraba en una situación muy peligrosa: bastaba que alguien depositase en mi celda algún objeto comprometedor —una cuerda, un cuchillo, una palanqueta, unas ganzúas— para que yo fuese a parar a una celda de castigo por seis meses.

A partir de aquel momento, vigilaba constantemente mi celda por si alguien tratara de comprometerme. Y cuando al llegar la noche me encerraba, registraba meticulosamente cualquier rincón factible de ocultar un objeto acusador. Dedicaba especial atención al jergón, que palpaba y examinaba atentamente hasta convencerme de que nadie lo había manipulado. (Una noche hallé un pequeño descosido en el colchón. Palpé apresuradamente y encontré una pequeña lima de acero, de la que me deshice en seguida arrojándola a través de los barrotes del ventanuco).

En honor a la verdad, debo confesar que hubo un tiempo en que abrigué propósitos de fuga.

Hoganville es una prisión de alta seguridad, de la que pocos han conseguido escapar. Sin embargo, yo lo hubiera intentado a la desesperada de no ser porque Flossie me convenció de que era más sensato esperar hasta el cumplimiento de mi condena para volver a la calle.

Por desgracia, Flossie debió cansarse de esperarme, pues dejó de venir a visitarme poco después de que yo cumpliera el primer año de encierro. (También pienso ocuparme de ella próximamente).

Fue muy duro cumplir aquellos cinco años, día por día, en un ambiente tan duro y podrido como el de la Penitenciaría de Hoganville.

Por desgracia, yo me había atraído la animosidad de algunos funcionarios y ello supuso una insoportable tensión por mi parte. Tenía que mantenerse siempre atento y vigilante si quería escapar de cualquier celada por parte de funcionarios y reclusos.

No me dejé enredar, incluso a costa de enfermar de los nervios. Sin embargo, conseguían mantenerme en vilo a costa de sorpresivos

registros y cacheos. Muy a menudo, el vigilante de servicio penetraba en mi celda con el único fin de desvelarme e impedir mi descanso. En otras ocasiones, al volver a mi celda al anochecer encontraba mi jergón completamente empapado de agua. ¿Cómo dormir en tales circunstancias? Me veía, pues, obligado a permanecer en vela hasta que, al día siguiente, consentían en cambiarme mi colchón.

Hube de soportar miles de villanías y artimañas semejantes. Imagino que con todo ello solo pretendían provocarme. Si caía en la tentación, si picaba el cebo que me tendían, acabaría matando a un recluso o a un vigilante. Y en ese caso todo estaría perdido para mí.

Por fortuna, contaba con la lealtad de Tony Carson, de quien les he hablado antes. Carson era un joven de veintiséis años, condenado a veinte años de reclusión por homicidio.

En la cárcel, se rumoreaba que aquel muchacho moreno y delgado guardaba en algún sitio una buena *talegada* (una gran cantidad de dinero, según la jerga de los delincuentes habituales).

Al parecer, él y otros dos jóvenes abatidos a tiros por la policía, habían logrado asaltar y desviar un furgón blindado de la empresa Martoon Security Group, especialistas en el transporte de dinero y valores. Pero la policía logró darles alcance y en la refriega Carson disparó a un agente, al que hirió de muerte, muriendo a manos de la policía Dick Oldfield y Matt Heath, los cómplices de Carson.

Según se aseguraba, la policía había recuperado íntegro el dinero que transportaba el furgón blindado, dos millones de dólares pertenecientes al Federal Reserve Bank.

Si era así, Carson no había sacado un solo dólar de aquel asunto. Quizá aquella *talegada* de la que se hablaba en la prisión fuera el producto de otros hechos delictivos.

En cualquier caso, Tony nunca me habló de ello. Era un muchacho adusto, introvertido, poco inclinado a las confidencias. Por otra parte, a mí nunca se me hubiera ocurrido sonsacarle.

Si llegué a apreciar a Tony Carson, fue porque él se parecía mucho a mí: era un hombre independiente, reservado y austero, a pesar de su juventud.

En mi fuero interno, Tony me inspiraba simpatía y conmiseración. Veinte años de condena pesaban demasiado, incluso para un tipo tan recio y granítico como él. En resumen: yo temía

que el sórdido ambiente de Hoganville acabase por abatirle o corromperle.

En más de una ocasión traté discretamente de averiguar sus planes para el futuro. En el mejor de los casos, era de suponer que Tony no alcanzaría la libertad hasta la mitad de su condena y para entonces tendría ya treinta y seis años. Ello contando con que su conducta fuera intachable y consiguiera la libertad bajo palabra.

¡Una conducta intachable! Tal cosa era prácticamente imposible, pues el corrompido ambiente de Hoganville alteraba los nervios y hacía tropezar al más sereno.

—Esperaré, ¡esperaré hasta el final! —me confió en alguna ocasión. Y sus ojos azules relucían enigmáticos—. Tengo que hacer muchas cosas cuando salga de aquí.

Había elegido el camino más duro. No pensaba intentar la fuga, era evidente, sino dejar que los años fueran transcurriendo.

Yo respetaba su decisión, puesto que era mi único amigo.

Y no lo era sólo porque le considerase la única persona decente dentro de los muros de Hoganville, sino porque Tony me ayudó mucho sin exigir nada. Me había hecho llegar alimentos y cigarrillos a mi celda de castigo y había estado junto a mí en los peores momentos.

Me hubiera gustado hacer algo por él, incluso ayudarle a huir, caso de que se decidiera por la fuga, y a pesar de la grave responsabilidad que podría recaer sobre mí. Pero Tony Carson había optado por esperar. Yo no podía explicarme la razón de su aparente y calmada pasividad.

CAPÍTULO II

Nadie había venido a esperarme.

Noviembre había traído copiosas lluvias y el cielo tenía un tinte gris-azulado muy sombrío.

No llovía cuando dejé la prisión a mi espalda, pero comenzó a diluviar cuando caminé torpemente hacia la parada del autobús de línea. Desmañadamente, corrí a largos pasos sobre el asfalto y me guarecí bajo la marquesina de plástico de la parada.

El autobús de las nueve se había marchado ya. Naturalmente, en la prisión me la habían jugado hasta el final: sabían que el autobús partía a las nueve en punto hacia la pequeña población de Hoganville y me habían retenido a propósito en la sección de cacheo el tiempo necesario para que yo perdiera el autobús.

Contuve a duras penas mi rabia y saqué un cigarrillo. Fumé bajo la lluvia, mientras trataba serenamente de adaptarme a mi nueva situación. De todas formas, el autobús no volvería hasta las once, hora en que comenzaban las comunicaciones de los presos con sus familiares. Pues bien, aguardaría hasta las once, puesto que, aunque la distancia a Hoganville sólo era de cinco kilómetros, el aguacero que azotaba la llanura no aconsejaba emprender la caminata a pie.

Hacía frío. Ráfagas furiosas de lluvia me mojaban los pantalones y los zapatos. Lo primero que haría en cuanto llegase a Ballington sería comprar un impermeable de plástico: los había por cinco dólares.

Yo no tenía mucho en el bolsillo: sólo treinta dólares. Es decir, lo justo para trasladarme a Ballington y comprar un par de bocadillos.

Sin embargo, las cosas cambiarían en cuanto localizase a Flossie, puesto que ella tenía unos tres mil dólares míos. Le había entregado

cinco mil poco antes de que me detuvieran, la noche en que estuve a punto de matar a Paul Ravage.

Tiré la punta del cigarrillo, empapada de lluvia, y encendí otro. Tenía la esperanza de que llegase o partiese algún automóvil de los estacionados en el aparcamiento aledaño a la prisión, cuyo conductor se aviniese a llevarme hasta Hoganville, donde tomaría el tren hasta la ciudad de Ballington. Pero no se divisaba ningún vehículo a través de la cortina de agua que caía sobre la llanura en la que se alzaba aquel enorme edificio de cemento y acero que me había albergado durante cinco larguísimos años.

Me estaba quedando helado. Calzaba unos zapatos veraniegos de rejilla y un traje azul, igualmente inconsistente e inapropiado para la estación otoñal.

—Calma. Todo cambiará en cuanto llegué a Ballington —me dije.

¿Y Flossie?

Instintivamente apreté las mandíbulas y mis dientes rechinaron.

—Olvídala. Flossie era joven y se cansó de esperarte. Tenía derecho a gozar de su juventud. Si tratas de vengarte en esa pobre chica, sólo conseguirás hundirte más y más.

Era fácil proponerse olvidar. Pero muy difícil borrar de un trazo las vivencias que más han significado para uno. Yo había amado a Flossie, la quería aún. Ella, que había prometido esperarme, que incluso me había convencido con sus súplicas para que olvidase mis proyectos de fuga, me había traicionado al fin. Sí, era muy duro olvidar y perdonar.

—Si ya no te quiere, ¿qué obtendrías de positivo con la venganza? —clamaba una misteriosa voz dentro de mí.

Misteriosa voz, sí, porque yo siempre negué que existiese algo llamado conciencia. Giré la cabeza a la izquierda y dirigí una mirada llena de rencor a la mole de hormigón gris que me había alejado de Flossie.

Tras aquellos muros, Tony Carson tendría que aguantar todavía seis largos años antes de pisar la calle. Y ello en el mejor de los casos.

La tarde anterior me había despedido de Tony.

—Bueno, ya lo sabes: me marchó mañana —le dije, mientras paseábamos incansablemente por el enorme patio de pavimento de

hormigón.

—Ya lo sé, Doug —asintió él. Y tragó saliva.

—¿Quieres algún recado para alguien, alguna gestión en particular? —me ofrecí.

Le vi dudar. Se había detenido y tenía pálido el semblante.

—No, no. Nada, Doug. Espero que todo te vaya bien. Ya nos veremos cuando... Bueno, cuando logre salir de este infierno —dijo.

Parecía enfermo. ¿Era porque me iba a echar de menos o verdaderamente se sentía mal físicamente?

Había adelgazado mucho en los últimos meses y eso me preocupaba.

—¿De veras que no quieres ningún recado para tu hermana? —insistí, puesto que sabía que una joven llamada Cherry Carson acudía con frecuencia al locutorio de la penitenciaría para entrevistarse con él.

Tony Carson volvió a denegar.

—De veras, Doug: no es necesario que te molestes —respondió. Y carraspeó—: Si necesitara comunicarme contigo, te enviaría recado. Tengo posibilidad de hacerlo.

—Muy bien. Como tú decidas —respondí.

Nos despedimos esa misma tarde, antes de que el toque de sirena avisase de que debíamos formar para entrar en los comedores.

—Cuídate, Tony —le recomendé, después de abrazarle.

Y él dijo, abúlico:

—Haré todo lo que pueda por salir entero de aquí.

Ahora, mientras contemplaba abstraído los arroyuelos de agua que corrían hacia la próxima alcantarilla, me pregunté qué ideas pasarían por la mente de Tony cuando le vi vacilar en medio del patio de la prisión.

Desde luego, yo temía por él. Si caía definitivamente en la abulia y en la desidia, si no luchaba por sobrevivir, jamás saldría vivo de Hoganville.

Más de una vez, dentro de la prisión, había imaginado que Tony me daría algún recado para su hermana. Pero puesto que él prefería mantenerla aparte, no sería yo quien quebrantase su voluntad.

Una furgoneta gris apareció bajo la lluvia, cruzó ante mí y penetró en la prisión. Diez minutos después, el mismo vehículo se

detenía ante la parada de autobús. Un rostro surcado de arrugas asomó por la ventanilla.

—¡Eh, joven! ¿Quiere que le lleve a Hoganville? —gritó.

Contesté que sí y corrí hacia el vehículo.

Por el camino, aquel hombre de unos cincuenta años llamado Bird —y que, por cierto tenía cara de ave^[1]— me fue contando que trabajaba para la Cooper Foods Co., una empresa proveedora de la prisión. Bird venía dos veces por semana a traer provisiones a la penitenciaría de Hoganville, desde Ballington, donde se hallaban los almacenes de su empresa.

Al oír esto, le pregunté si podría viajar con él hasta Ballington, y Bird accedió, encantado de tener compañía. Era un hombre parlanchín y extrovertido: estuvo hablando durante los sesenta minutos que duró el trayecto.

Poco después de las once de la mañana, Bird me dejaba en la zona comercial situada al sur de Ballington.

Seguía lloviendo aún, aunque no con la furia de Hoganville. Bajo la lluvia, traté de orientarme y divisé una parada de autobús situada en las inmediaciones. El autobús llegó diez minutos después y subí a él, completamente empapado de lluvia ya.

El vehículo iba atestado de pasajeros, principalmente amas de casa que se disponían a hacer la compra diaria. Me sentí, pues, estrujado y empujado, pero aquella sensación no me disgustó. Durante cinco años, yo había vivido en un mundo exclusivo de hombres y, créanme, convivir durante tanto tiempo con individuos del mismo sexo acaba por estomagar a cualquiera.

Las mujeres charlaban y charlaban acerca de los incómodos transportes públicos, del exorbitante precio de la cesta de la compra y de otros mil problemas domésticos. Pequeños problemas, triviales y cotidianos, que sonaban familiarmente en mis oídos.

Bajé del autobús en Pinkerton Road y caminé a buen paso hacia Chialapine Street, donde vivía Beatrice Lowes, la hermana de Flossie.

Mientras caminaba apresuradamente bajo la lluvia, noté que mis nervios comenzaban a tensarse. Dentro de unos minutos iba a entrevistarme con Flossie. ¿Cuál sería mi reacción entonces?

El número ochenta y uno era una casita de dos plantas y un pequeño jardín anterior, una vivienda más en aquel barrio habitado

por familias de obreros.

Por fortuna, Conway —el marido de Beatrice— estaría cumpliendo con su trabajo en los almacenes frigoríficos Hampton, y ello impediría que mi entrevista con Flossie fuera más violenta. Conway era un hombre honrado y sencillo, pero tan belicoso y agresivo como yo. Como se daba la casualidad de que yo no le era particularmente simpático, era de temer que llegásemos a las manos si me mostraba violento y duro con Flossie.

Permanecí inmóvil junto a la verja. Durante unos minutos, soporté estoicamente la lluvia, indeciso. ¿No sería mejor olvidarlo todo y seguir de largo?

Ya he confesado antes que no soy una buena persona. Olvidar y perdonar era propio de un hombre noble y generoso, pero yo no me sentía inclinado en aquel momento a perdonar ni a enterrar mi rencor. Empujé, pues, la verja, caminé sobre las losas resbaladizas y oprimí el timbre de la puerta.

Se oyeron unos pasos en el interior y se abrió la puerta. Al principio, apenas reconocí a Beatrice en aquella mujer de cabellos canosos, facciones descoloridas y ojos mortecinos. ¡Cuánto había cambiado la hermana de Flossie...!

—Entra, Doug —me invitó con voz cansina.

Antes de pasar, me agité como un gozquecillo empapado de lluvia, intentando inútilmente desprenderme del agua que chorreaban mis ropas.

—Vamos, pasa —me animó ella—. No importa que estés empapado. Precisamente estaba haciendo limpieza. Entra.

Entré. Mi nariz se dilató, tratando de identificar el aroma peculiar de los cabellos de Flossie en la casa.

—No, ella no está aquí —dijo Beatrice, que penetraba mis pensamientos fácilmente.

—¿Dónde ha ido? —clamé, impaciente—. Tengo que verla en seguida.

Una expresión triste se dibujó en las marchitas facciones de Beatrice.

—Hablaremos después —respondió—. Ahora será mejor que entres en el baño y tomes una ducha caliente. Dame tus ropas; las pondré a secar.

Estornudé violentamente, estremecido de frío.

Siguiendo sus consejos, fui al cuarto de baño, me desnudé y dejé las mojadas ropas en el pasillo. Una ducha tibia me hizo reaccionar en seguida. A través de la puerta entornada, Beatrice me hizo llegar un albornoz de su esposo.

Cuando me reuní con ella en la espaciosa cocina, Beatrice acababa de servirme una generosa ración de coñac.

—Bébetelo o pillarás un buen resfriado —dijo.

Asentí, agradecido, y bebí el coñac a pequeños sorbos. Mientras, ella trajinaba un tanto nerviosa de un extremo a otro de la cocina.

—Bien, ¿dónde está? —planteé.

Beatrice se detuvo y me miró fijamente.

—Doug, ella no es culpable. Dejó de acudir a la prisión porque se sentía avergonzada.

—¿Avergonzada? ¿Por qué?

Tragó saliva. Evidentemente, le costaba un gran esfuerzo mantener aquella conversación.

—Estaba embarazada —confesó.

Un volcán de pasión desbordada estalló dentro de mí.

¡Flossie, embarazada!

Pero ¿de quién?

Por supuesto que ella y yo habíamos mantenido frecuentes relaciones sexuales, pero ello sucedió antes de que yo fuese a parar a la cárcel.

Oí el chirrido de mis dientes.

—¿Quién fue? —pregunté—. ¿Dónde está ella? ¡Quiero que esa perra me lo explique todo con sus propias palabras!

—Es inútil, Doug. Ella está muy lejos de aquí. Por otra parte, eso ocurrió hace mucho tiempo —explicó Beatrice con mansedumbre.

—¿Quién fue el tipo que la dejó embarazada? —exigí, incapaz de dominar mis sentimientos.

—Flossie tardó muchos días en confesarme la verdad, pues se sentía avergonzada. Al fin acabó por decirme la verdad: estaba embarazada de Eliot Boyd, un funcionario de la prisión de Hoganville.

CAPÍTULO III

Beatrice me lo contó todo, con voz monótona y fatigada.

Eliot Boyd, un funcionario encargado de organizar las comunicaciones en el locutorio de Hoganville, había demostrado una decidida inclinación hacia Flossie desde la primera vez que la joven acudió a entrevistarse conmigo en la penitenciaría.

—Según me contó Flossie, ese individuo se comportaba con ella muy amablemente —relató Beatrice—. La distinguía con deferencias y cortesías, tales como hacerla figurar en los primeros lugares de su lista de comunicantes e incluso alargar considerablemente la duración de vuestras entrevistas.

Al principio, Flossie no sospechó nada anormal en la conducta del funcionario.

—Boyd le dijo que sentía una decidida inclinación por las parejas jóvenes y le prometió que haría todo lo posible por favorecer sus entrevistas contigo. Tú sabes muy bien, Doug, que Flossie estaba enamorada de ti hasta la médula, que hubiera hecho cualquier cosa por permanecer unos minutos más junto a ti...

—¿Cualquier cosa? ¿Incluso entregarse en los brazos de un tipo como Boyd? —exclamé rabioso.

Beatrice me miró con reproche.

—Eres demasiado impetuoso y atolondrado en tus juicios, Doug —me reconvino con dulzura—. Y esas expresiones acusadoras demuestran que no conocías a fondo a Flossie. Te juro que ella sólo quería a un hombre: tú. En cuanto a Boyd, cuando el funcionario se tornó insinuante, Flossie cortó tajantemente sus escarceos y le hizo comprender que ella no era una mujer fácil. A partir de entonces, Flossie no aceptó los pequeños «favores» con que el funcionario la distinguía y sólo se entrevistaba contigo el número de veces que

autorizaba el reglamento interior de la prisión.

—A pesar de lo cual, permitió que Boyd la dejara embarazada —bramé con hiriente ironía.

Los mortecinos ojos azules de Beatrice se avivaron.

—¡Mi hermana no se entregó a él! —protestó fervientemente—. No pensaba decírtelo para no avivar tu sufrimiento, pero veo que no hay otra solución que confesar la verdad: Boyd violó a Flossie.

Me puse en pie de un impetuoso salto y aferré a Beatrice por las solapas de su floreada bata de andar por casa.

—¿Crees que me voy a tragar eso? —grité—. Boyd es un funcionario del Estado y sabe muy bien que violar a la novia de un recluso supondría para él la expulsión fulminante y una larga estancia en prisión.

Beatrice se soltó de mis manos con dignidad y se retiró unos pasos.

—Hay algo extraño en tu actitud, Doug —me acusó—. Con tus excitadas palabras, más bien parece defender a Eliot Boyd que averiguar la verdad. Y la verdad es que ese individuo se había encaprichado locamente de Flossie, que la deseaba fervientemente y que no se detuvo en sus acosos hasta que la consiguió... por la fuerza.

Me dejé caer, derregado, sobre una silla.

Las sienes me latían, me escocían los ojos y sentía una aspereza insoportable en la garganta.

Hasta entonces, siempre había admitido la misma verdad: Flossie me había traicionado. Durante cuatro años había rumiado amargamente cada una de las fases de mi venganza y ahora la declaración de Beatrice venía a profundizar la herida y a excitar dolorosamente mi resquemor.

Durante unos minutos, permanecí inmóvil con las manos oprimiendo mi rostro y respirando entrecortadamente.

—Eliot Boyd engañó a Flossie. Ella volvía una noche de su trabajo cuando Boyd detuvo su coche al borde de la acera. «Tiene que acompañarme ahora mismo a la prisión. Doug Walker quiere verla. Es urgente». Según explicó a mi hermana, tú acababas de sufrir un grave accidente y estabas malherido. Puedes imaginarte la angustia que sintió.

Flossie... A pesar de todo, ella insistió en dejarme un aviso:

quería que Conway y yo supiésemos que se dirigía a la penitenciaría de Hoganville. Pero Boyd dijo que no había tiempo, que debían partir inmediatamente si Flossie quería verte con vida...

Era una trampa. Flossie debió sospechar la verdad, pero en su ansiedad por reunirse en seguida con el hombre al que amaba, cayó ingenuamente en la emboscada.

—A pocos kilómetros de la prisión, Boyd sacó su coche de la carretera y condujo hasta un bosquecillo aislado. Antes de que Flossie pudiera reaccionar, el funcionario le arrojó a la cara el chorro de un *spray* aletargante y la violó...

Más tarde, Eliot Boyd regresó a Ballington y dejó a Flossie en la calle Chialapine. «Olvida a Walker», aconsejó a mi hermana. «Lo más probable es que ese tipo no salga jamás de la prisión».

Puso cincuenta dólares en la mano de la joven y añadió: «No te conviene denunciarme. Si lo haces, te arrepentirás».

—Flossie llegó a casa destrozada —siguió relatando Beatrice—. Conway se enfureció: mi hermana no quiso responder a nuestras preguntas. ¿Por qué callaba, por qué encubría con su silencio al canalla de Boyd? Ella sólo pensaba en ti, en el daño que te haría conocer la verdad. Sólo cuando pasaron los días y comprobó que estaba embarazada, Flossie se determinó a confiarme lo sucedido.

Los ojos me escocían de modo insufrible, pero yo me esforzaba tercamente en impedir que las ardientes lágrimas aflorasen a mis ojos.

—Así que Flossie se cruzó de brazos, aceptando lo inevitable y encubriendo a Eliot Boyd —comenté, enronquecida la voz.

Beatrice apoyó una mano en mi hombro.

—¿De qué hubiera servido, Doug? —respondió, acongojada—. La violación se llevó a cabo en lugar desierto, sin testigos. Boyd contaba con amistades influyentes que le arroparían en caso necesario. Por el contrario, Flossie no era sino la novia de un...

—¡Dilo ya de una maldita vez! —grité—. Flossie no era sino la novia de un presidiario.

—Por el amor de Dios, Doug, no quiero herirte, sino hacerte comprender que mi hermana tuvo que afrontar una experiencia muy amarga.

—Ya. En cuanto a mí, bastaba con mantenerme en el limbo —murmuré, rencoroso.

Beatrice se separó de mí unos pasos.

—Ya que lo mencionas, sí —declaró—. Flossie lo hizo todo por protegerte. Calló por ti. Y por ti se tragó su humillación y su vergüenza. Ella sabía muy bien que tú eras un hombre orgulloso e intransigente. Si Flossie hubiera acudido con una denuncia a la comisaría, la noticia llegaría hasta la prisión. «Doug es capaz de hacer una locura», temió ella. Y decidió callar, por tu bien.

Calló. Ambos permanecíamos en silencio. Fuera, la lluvia azotaba los cristales de la pulcra cocina.

Súbitamente me puse en pie.

—¡Lo mataré! —Gruñí sordamente—. Mataré a ese cerdo aunque tenga que pudrirme en una prisión hasta el resto de mis días.

Tomé la botella de coñac, llené mi vaso hasta arriba y bebí con ansiedad. Beatrice vino hacia mí y me tomó una mano.

—Comprendo tu estado de ánimo, Doug. Tu orgullo está herido y crees que la venganza te traerá el sosiego. Pero ¿no piensas en Flossie?

Me volví con un impulso violento.

—¡Claro que pienso en ella! Durante cinco años no he hecho otra cosa. Flossie estaba constantemente en mi pensamiento. Ella era mi esperanza y mi futuro. Y ahora... ahora no tengo nada —rezongué, esforzándome en controlar el huracán de emociones que se desataba en mi interior—. Escucha, Bea: cuando advertí que Boyd se interesaba por Flossie más de lo normal, hice una advertencia a ese cerdo con la esperanza de atemorizarle. Pero ahora comprendo que mi aviso lejos de disuadirle sólo sirvió para excitarle. ¿Qué otra cosa puedo hacer que buscar a Boyd y matarle?

Beatrice movió la cabeza con tristeza.

—Sigues siendo egoísta, Doug. Sólo piensas en ti. Creo que, en el fondo, Flossie nunca te importó demasiado —dijo.

No era cierto. Yo había amado a Flossie apasionadamente. En realidad, yo había ido a parar a la cárcel por su causa, aunque de forma indirecta.

—¿Dónde está ella ahora? —indagué.

Beatrice tardó en responder. Simulaba estar atareada con sus cacerolas, pero yo necesitaba saber muchas cosas y la acosé sin piedad.

—¿Por qué no respondes? No me digas nada: es la eterna

canción. Una pobre muchacha mancillada sólo podría escoger el camino de la prostitución, ¿verdad?

Era una mujer dulce, débil e inofensiva, pero sus rudos bofetones me dejaron sin habla durante unos minutos.

—¡No se te ocurra volver a insultarla!, ¿me oyes? —chilló, encolerizada—. Aunque tú no lo merezcas, Flossie es la mujer más honrada de la tierra.

Cuando se calmó, le pedí perdón torpemente. Nunca me había excusado con una mujer, pero lo hice con Bea como mejor pude.

—Compréndelo, todo esto me ha perturbado íntimamente. En realidad, acusando a Flossie solo trataba de herirme a mí mismo. Lo siento.

Luego, mientras las ollas borboteaban y los hilillos de lluvia resbalaban por el ventanal, fue contándome todo lo que me interesaba saber.

—Cuando supimos la verdad, Conway le indicó que lo más sensato era el aborto. Flossie se negó: aunque odiaba a Eliot Boyd, sus convicciones religiosas eran firmes. «Tendré a mi hijo, si Dios quiere. Nadie podrá separarme de él». Conway insistió: en Ballington, la gente era demasiado timorata y puritana. No estaba bien visto que una soltera diera a luz. «Te harán el vacío, te ignorarán; terminarás lamentando haber traído ese hijo al mundo», arguyó mi esposo. Pero Flossie respondió: «No temáis: me iré de Ballington para tener mi hijo. No tendréis que avergonzaros por mi causa».

Se marchó a Rileyton y obtuvo un empleo de cajera en un supermercado, donde estuvo trabajando hasta que dio a luz.

—Vino a vernos dos meses después. Su hijo era un bebé precioso y se llamaba Douglas, como tú. Contra el parecer de mi esposo, la invité a vivir con nosotros, pero Flossie no accedió. Y lo primero que hizo al llegar a Ballington fue preguntar por ti. Luego volvió a Rileyton, donde siguió trabajando hasta que conoció a Erle Haydock.

—¿Quién es Haydock? —indagué inmediatamente.

—Un caballero del Este, que vino en Navidades a Rileyton para visitar a sus familiares. Erle Haydock tenía unos cuarenta años y era viudo, sin hijos. El y Flossie simpatizaron tanto que Haydock alargó sus vacaciones hasta febrero, para lo cual tuvo que abandonar su

negocio de efectos navales. Un día, Flossie me llamó por teléfono y me dijo: «Voy a casarme con Erle Haydock. No le amo, pero es un buen hombre y está loco por mí y por mi hijo. De todas formas, no me uniría a él si tuviera la esperanza de recobrar a Doug. Pero tú sabes muy bien que él nunca me perdonaría... Como necesito un padre para mi hijo, he decidido aceptar a Erle» —relató Beatrice.

Un golpe más... Sonreí cínicamente, pero la procesión iba por dentro.

—Honradamente, Doug: creo que Flossie obró de forma acertada —añadió Bea—. Ella no tenía ninguna esperanza de que tú supieras comprender su situación... Bien, ahora viven los tres en una ciudad de la costa atlántica y espero que sean felices.

Todos podían ser felices. Todos... menos yo.

—Flossie me dejó algo para ti. Aguarda un momento —dijo Beatrice. Y salió de la cocina.

Un momento después me entregaba un certificado de depósito a mi nombre por cinco mil dólares.

—Es tu dinero, según me dijo ella. Jamás gastó un centavo de lo que tú le entregaste. Y no fue por orgullo. Simplemente, suponía que ibas a necesitar ese dinero cuando salieras de la prisión —me explicó.

No me quedaba nada por hacer en el hogar de los Lowes. Era algo más de la una del mediodía. A las dos regresaría Conway y yo no tenía ganas de mantener con él una conversación de circunstancias.

Mi ropa y mi calzado estaban secos ya. Entré en el cuarto de baño y me vestí. Beatrice me miró con cierta ansiedad cuando me reuní con ella en la cocina.

—¿Qué vas a hacer, Doug? —exclamó—. Yo te aprecio, tú lo sabes. Sentiría que emprendieras un camino equivocado y volvieras a...

Calló bruscamente.

—No temas —le dije, oprimiéndole ambas manos—. Supongo que Flossie no tuvo otra solución que hacer lo que hizo. Si tienes la oportunidad de comunicarte con ella, dile...

—¿Sí? —murmuró Bea, anhelante.

—Dile que le deseo toda la felicidad que yo no supe darle. Y que no le guardo rencor —pronuncié con un nudo en la garganta.

Beatrice me besó, muy emocionada, en la mejilla.

—Gracias, Goug. Sé que eso la tranquilizará. Buena suerte.

CAPÍTULO IV

El callejón no llevaba a ninguna parte. Cincuenta metros más allá terminaba en un ancho portalón metálico, encima del cual se veía un rótulo erosionado por la lluvia, el sol y el viento. El pavimento de carbonilla negruzca estaba lleno de charcos de agua sucia y para avanzar hasta el fondo era necesario chapotear a través del fango.

Pero eso no me importaba demasiado ahora: calzaba unas excelentes botas de treinta dólares a prueba de humedad. Los pantalones de pana azul eran muy confortables, tanto como el chaquetón de cuero forrado interiormente de borreguillo.

Aunque los caracteres del rótulo habían perdido nitidez, aún podía leerse: «GARAJE Y TALLER MECANICO DE “BULL” WELLARD. ALQUILER DE VEHICULOS SIN CONDUCTOR. AUTOMOVILES DE OCASION».

Cuando llegaba al portalón, un abollado automóvil europeo brotó del interior vertiginosamente y se alejó callejón adelante, salpicándome los bajos de mis flamantes pantalones de pana.

No vi a nadie en el taller. Una docena de coches a medio desguazar o parcialmente desmontados se alineaban en el interior de la sucia nave. Había herramientas por el suelo, pilas de neumáticos desechados y pedazos de algodón sucio por doquier.

Alguien se movió dentro de la cabina acristalada del fondo: un hombretón alto como un castillo y fornido como un *bulldozer*. Tenía un bigote hirsuto y frondoso como el de una morsa y masticaba un bocadillo enorme. En la mano derecha sostenía una botella de vino tinto, de la que bebió un largo trago antes de espetarme:

—¿Es que no puede uno comer tranquilo? Es la hora del almuerzo, amigo. Si necesita algo, vuelva a las cuatro. Entonces le atenderán mis mecánicos. Ahora no hay ninguno: el último acaba de marcharse a comer.

—Debe ser ese tipo que conducía un Lancia como si tuviera entre las manos el volante de un tractor —comenté. Y añadí, acercándome al hombretón—: Buen provecho, «Bull».

Parpadeó, se atragantó, dejó apresuradamente bocadillo y botella en la bancada de una fresadora, vino hacia mí y me estrujó entre sus gruesos brazos.

—¡Pero si es el rebelde Doug Walker, maldita sea mi vista! —exclamó, sin dejar de achucharme con tanto ímpetu que mis huesos crujieron—. ¡Tienes un aspecto magnífico, muchacho! Nadie diría que acabas de salir de...

—Dilo tranquilamente, Bull: de la cárcel. Sí, acaban de soltarme. Pregunté por ti y supe que acabaste quedándote con el negocio del viejo Paul Kingston —dirigí una ojeada a mi alrededor, cuando pude librarme de los brazos del corpulento *Bull Wellard*—. Y por lo que veo, estás defendiéndote bien.

Cuadró sus imponentes hombros y expulsó el aire con fuerza.

—No puedo quejarme, Doug: tengo más trabajo del que puedo sacar adelante. Pero ven. Aquí hace frío. En la cabina estaremos más cómodos.

Me tomó de un brazo, recogió de un manotazo la botella y me guió hasta su cuchitril acristalado. Vi unos cuantos muebles metálicos con huellas grasientas, una estantería rebosante de piezas de repuesto y una rojiza estufa en un rincón.

Me ofreció asiento y un trago de vino, que acepté de buen grado. También se empeñó en que compartiera su enorme bocadillo de jamón, pero le dije que acababa de almorzar.

—Supongo que necesitas trabajo —dijo, contemplándome satisfecho—. No te preocupes: tendrás todo el que quieras. No sólo porque seas un buen mecánico, Doug, sino porque eres un buen amigo. Cuenta con el viejo *Bull Wellard* para todo lo que necesites.

—Gracias. Pero no es trabajo lo que busco... de momento. Más adelante quizá.

—Entonces...

—Necesito un coche de alquiler, por unos días. Un vehículo rápido y discreto. Te pagaré. Tengo algún dinero.

Se mostró ofendido. Y *Bull Wellard* nunca fingía.

—Tendrás tu coche, pero no hablemos de dinero —protestó—. No soy un cerdo, ¿verdad?, aunque mi apariencia no sea muy

elegante y mi vocabulario peque de rotundo. No he olvidado que te jugaste el tipo por mí cuando los «gorilas» de Hugh «Tomb» Kollow intentaron asarme vivo dentro de mi pequeño taller de River Road. Te daré el coche: ese Lancia que has visto salir hace unos minutos.

Al advertir que yo torcía el gesto, se apresuró a decir:

—No te fíes de las apariencias externas, Doug. Ese coche tiene un motor nuevo, muy potente, capaz de superar los doscientos por hora. Y todo lo demás funciona a la perfección. Sólo le falta quitarle los bollos y darle una buena mano de pintura. Te servirá.

—¿Tiene la documentación en regla?

—¿Cómo puedes dudarlo? No te comprometería entregándote un cacharro que no fuera legal. Si necesitas dinero o cualquier otra cosa, dilo. Por lo demás, no pienso hacerte ninguna pregunta respecto a tus asuntos personales. Tú sabrás lo que haces. Sólo quiero que sepas que puedes contar conmigo —pronunció, un poco enfurruñado.

Le di las gracias y seguimos bebiendo hasta que volvieron los mecánicos. A las cuatro y cuarto de la tarde abandonaba el negocio de Bull conduciendo el abollado Lancia.

Había examinado cuidadosamente aquel coche y comprobé que los neumáticos eran nuevos, al igual que el motor. Frenos, suspensión y dirección funcionaban como la seda. El tapizado era de cuero y estaba bien conservado. Como Bull había dicho, sólo necesitaba reparar la chapa y una buena mano de pintura para convertirse en un coche espléndido.

Conduciendo a pequeña velocidad, abandoné el escondido callejón. Seguía lloviendo con fuerza, pero los limpia-cristales se movían veloces despejando la visión.

Había pedido la guía telefónica a Bull y ahora sabía lo que necesitaba saber: Eliot Boyd vivía en Oldgate, una moderna urbanización situada en la zona norte de Ballington. Se trataba de un barrio residencial, formado por elegantes chalets adosados.

Ahora sólo tenía que dominar mis nervios y trabajar sobre seguro. Nada de penetrar en el domicilio del odiado funcionario de prisiones a tontas y a locas.

A partir de mi entrevista con Beatrice, yo sólo pensaba en una cosa: tener a Eliot Boyd a tres pasos de distancia. Entonces pensaba ciegamente en la venganza. Le agarraría por los cabellos y

estamparía su cráneo contra la pared más cercana hasta notar que sus sesos se deshacían entre mis manos.

Pero obrar de tal modo hubiera sido de una estupidez lamentable, pues me atraparían en seguida y me entregarían al juez con una acusación por asesinato en primer grado.

No. No era necesario volver de nuevo a la cárcel con una condena a muerte o a perpetuidad. Si actuaba inteligentemente, yo podía borrar a Eliot Boyd del mundo de los vivos sin necesidad de complicarme demasiado. Al fin y al cabo, Boyd era un mal bicho y nadie iba a lamentar su desaparición, era lo que yo pensaba.

Figtree, 21. Ésa era la dirección de Eliot Boyd en Oldgate.

Se trataba de un barrio tranquilo, cruzado por dos silenciosas avenidas arboladas, y apartado de las carreteras y arterias principales de Ballington. Un lugar, pues, muy apropiado para llevar a cabo mi plan.

Había un dato que me preocupaba un poco. En la prisión, había averiguado que Eliot Boyd tenía esposa e hijos: un muchacho de catorce años y una chica de once. Evidentemente, su familia iba a resultar afectada cuando Boyd desapareciera.

Pero ¿acaso había tenido en cuenta aquel canalla a su familia cuando violó a Flossie?

—No te dejes enternecer. Si los jueces tuvieran en cuenta las circunstancias familiares de los acusados, los peores criminales recibirían la absolución a sus crímenes —me dije.

Desde el taller de Wellard había hecho una llamada telefónica al domicilio de Boyd, con el fin de establecer relación con él. Pero nadie cogió el teléfono, a pesar de que insistí varias veces hasta asegurarme de que no había equivocado el número.

Figtree Street. Ya estaba allí. La lluvia azotaba una hilera de chopos y el viento arrastraba las amarillentas hojas sobre el asfalto.

Conduje despacio. Los chalets formaban grupo de tres en tres. Había una zona de césped, con una leve pendiente que llevaba hasta los porches de las viviendas.

Diecisiete, diecinueve, veintiuno. Frené suavemente, encendí un cigarrillo y dirigí una mirada al edificio de ladrillos blancos a través de los cristales empañados del Lancia.

El número veintiuno estaba casi derruido. Había un gran boquete en su tejado de losas de pizarra y sus muros estaban

ennegrecidos. Las ventanas aparecían sin cristales. Todo en aquel edificio daba la impresión de soledad y ruina.

—He debido equivocarme. Tal vez no sea el veintiuno, sino el doce —cavilé, decepcionado.

Durante varios minutos fui incapaz de reaccionar. Luego un Mercedes deportivo frenó suavemente detrás de mi Lancia. Vi descender a una mujer joven, pelirroja, que vestía un impermeable azul y hacía esfuerzos por abrir su rebelde paraguas bajo la insistente lluvia.

Salí de mi coche y me aproximé a ella. La mujer era incapaz de abrir su paraguas, pues las pesadas bolsas que colgaban de sus antebrazos le impedían realizar el movimiento preciso con desenvoltura.

—¿Me permite? —dije. Tomé el paraguas, lo abrí y lo mantuve en alto protegiéndola de la lluvia.

Me ofrecí a ayudarla a transportar sus bolsas y la joven accedió con un suspiro.

—Gracias —dijo—. ¿Quiere acompañarme hasta el porche? Es el número diecinueve.

Caminamos bajo la lluvia y nos detuvimos bajo el porche. La mujer dejó una bolsa en el suelo y se enjugó con un pañuelo las gotitas de lluvia de su rostro.

—Creo que he hecho el viaje en balde —comenté, tendiéndole el paraguas, ya plegado—. O tal vez me he equivocado de número.

—¿A quién buscaba?

—A Eliot Boyd. Pero esa casa está destrozada —dije.

La mujer me miró con un interés nuevo.

—¿Es usted pariente de los Boyd? —me preguntó.

—No. Sólo un amigo. He venido a Ballington por motivo de negocios y pensaba saludar a Eliot —mentí con toda tranquilidad.

—Pues no se ha equivocado de número —respondió la pelirroja—. Siento tener que darle esta noticia, señor, pero la familia Boyd entera desapareció hace ya siete meses. Fue... una terrible tragedia.

Me inmuté.

—¿Quiere decir que... murieron? —indagué.

Mi interlocutora asintió vivamente.

—Sí. Los cuatro. Fue horrible. Los bomberos sólo pudieron hallar sus cadáveres carbonizados —declaró.

Por un instante, la sorpresa me impidió hacer ningún comentario.

—Lo siento... Lo siento infinitamente —dije luego, con todo cinismo—. Por favor, dígame todo lo que sepa.

La puerta del porche se abrió y una preciosa niña de cabellos rojos apareció en el umbral.

—¡Mamá, mamá! ¡Estás mojada! ¿Quién es ese señor? ¿Por qué no vienes ya? —gritó la chiquilla, mirándome con curiosidad.

—No alborotes, Millie. Y ayúdame a llevar esas bolsas a casa. ¡Vamos, no molestes! Ve dentro. En seguida estaré contigo —exclamó la señora.

Se volvió hacia mí, volvió a suspirar y relató:

—Yo creo que la culpa fue de él, de míster Boyd. Era un hombre muy extraño, ¿sabe? Según tengo entendido trabajaba en la penitenciaría de Hoganville. Debía temer algo, porque era exageradamente desconfiado. Siempre se asomaba a través de los visillos antes de salir de casa e hizo colocar fuertes rejas incluso, en las ventanas del piso superior, ¿lo ve?

Se inclinó sobre la baranda del porche y me mostró las rejas que protegían las ventanas superiores del chalet contigo.

—Como usted comprenderá, no debía sentirse muy tranquilo, pues también instaló puertas blindadas al exterior, tanto en la fachada que da a la calle como en la salida posterior. Y cuando se produjo el incendio, la casa se convirtió en una trampa mortal —declaró mi informadora.

—Dice usted que murieron todos... —le recordé.

—Los cuatro, por desgracia. Todos creemos en Oldgate que el culpable de la tragedia fue míster Boyd, con su exagerada desconfianza —añadió la joven pelirroja—. Según el jefe de bomberos, Eliot Boyd seguía estudios de Química por correspondencia. Había instalado su pequeño laboratorio en el sótano y allí pasaba sus ratos libres dedicado a extraños experimentos. Y luego aquella noche escuchamos una potente explosión...

Los vecinos se asomaron y vieron surgir humo y llamas a través de las destrozadas vidrieras.

—Oímos los gritos desgarradores de los niños y vimos a la señora Boyd que gritaba pidiendo auxilio, asomada a una ventana.

Al parecer, su esposo estaba tratando desesperadamente de abrir la puerta de la calle, pero el mecanismo de cierre era muy sofisticado y él había dejado las llaves en el sótano, invadido por las llamas. Fue horrible, pues aunque intentamos socorrerlos resultó imposible abatir las puertas blindadas antes de que dejaran de oírse los espeluznantes lamentos.

Volvió a suspirar y añadió:

—Los bomberos se vieron obligados a arrancar una reja para abrirse paso. Pero como le decía antes, señor todo fue inútil. Sólo llegaron a tiempo de retirar de las llamas los cuatro cadáveres calcinados...

CAPÍTULO V

A las ocho de la noche, el camarero me sirvió la décima copa de coñac.

Había decidido emborracharme concienzudamente, pero lo cierto es que el fuerte y fragante licor no me hacía el efecto que hubiera deseado: anularme por completo.

Tenía motivos para desear emborracharme, pues mi primer día de libertad había resultado frustrante.

En primer lugar, las confidencias de Beatrice Lowes me habían hecho sentirme impotente, minúsculo y miserable.

Finalmente, el azar me había arrebatado el derecho a la venganza.

Todo ello unido, era suficiente para que ahora me sintiera absolutamente vacío. Flossie había desaparecido de mi horizonte para siempre y a Eliot Boyd se lo había llevado el diablo.

¿Qué me quedaba por hacer? Nada. No tenía ilusiones, no sentía interés por nada, excepto por la cantidad de coñac que quedaba en mi copa.

Abstraído en mis sombríos pensamientos, no vi llegar a aquella bella muchachita rubia. Lo primero que mis sentidos percibieron de ella fue el incitante perfume que desprendía su piel.

Alcé vivamente la mirada de mi copa y la miré.

Estaba sentada en lo alto de un taburete, ahuecaba su melena dorada con ambas manos, erguía el prieto busto con coquetería y me miraba fijamente.

No debía tener más de veinte años. Unos ojos picaros, de color verdoso con chispitas doradas, una naricilla graciosa, una boca grande y jugosa, de labios húmedos y carnosos, un par de hoyitos en las mejillas componían un rostro ingenuo y tentador.

Era pequeña, de apenas un metro y sesenta centímetros de estatura, pero de armoniosas proporciones. Un vestido azul de punto ceñía un cuerpo muy apetecible. Por lo demás, si lo que no estaba a la vista era de la misma calidad que su bello par de piernas enfundadas en medias color humo, estaba claro que mi vecina de barra constituía una atracción irresistible.

Lamentablemente, mi estado de ánimo no me permitía dedicarle mucha atención. Encendí un cigarrillo, terminé mi coñac, puse un par de billetes junto a la copa vacía y me dispuse a marchar.

Y entonces ella me retuvo suavemente por un brazo.

—¿Quiere darme lumbre, por favor? —pronunció con voz cálida y bien timbrada.

Hundí la mano en el bolsillo de mi chaquetón, saqué mi mechero de un dólar y le ofrecí la llama.

De nuevo me llegó una oleada de aquel sutil y excitante perfume que exhalaba su cuerpo.

—¿Se marcha ya, señor Walker? ¿No quiere beber conmigo? —dijo, al devolverme el mechero. Sus dedos rozaron los míos: eran suaves y tan cálidos como su voz.

Parpadeé, desconcertado.

—¿Me conoce? —pregunté, sosteniéndole la mirada.

Me gustaba aquella chica. Físicamente, podría describirla como la guinda que corona una copa de helado. Además parecía muy resuelta y directa.

¿Por qué no perder un rato con ella? En realidad, aquella noche sólo me aguardaba la fría habitación de un hotel de tercera categoría.

—Quédese —susurró—. No se arrepentirá.

Pedí una copa al camarero, que me la sirvió en seguida y depositó ante la rubita un cóctel de subido tono verdoso.

La observé de reojo. La muchacha fumaba su largo cigarrillo con un gesto elegante y me examinaba a su vez con gran atención.

No parecía una buscona barata. Su aspecto era cuidado y su vestido caro y elegante. De su muñeca izquierda colgaba una pulsera de oro y en la izquierda llevaba un reloj «Carter», de oro igualmente y con pequeños brillantes en la esfera. Sobre los muslos, un chaquetón de piel azul que debí valer no menos de mil dólares.

Comencé a desconfiar. Yo era un tipo vulgar, nada de otro

mundo. ¿Por qué iba a fijarse en mí una muchacha tal joven y atractiva? Por supuesto que no se trataba de un encuentro casual, puesto que ella, además, conocía mi nombre.

—Bien, ¿quién es usted? —La miré inquisitivamente.

—Llámeme Rubi. Un amigo me dio su descripción. Me he pasado el día husmeando aquí y allá, pero finalmente le he encontrado. Me doy por satisfecha, Doug.

—La mar de fácil, ya veo... —repliqué, irónico—. Un tipo le da mi descripción y mi nombre y usted recorre una ciudad de trescientos mil habitantes y me encuentra en unas pocas horas. Elemental, ¿verdad?

Sonrió. La suya era una sonrisa muy agradable, luminosa, tan amplia que permitía ver en toda su extensión de blancas hileras de piezas dentarias e incluso su lengua rosad y húmeda.

—Le diré la verdad —confesó, después de probar un sorbo de su mejunje verdoso—. Estaba esperándole esta mañana cuando usted salió de la prisión de Hoganville.

Había pronunciado las últimas palabras en un susurro, incluso sus labios rozaron mi oreja derecha, pero su confesión me produjo el efecto de un trallazo.

La miré con dureza y ella parpadeó.

—Así que ha estado siguiéndome durante todo el día.

—Sí —asintió.

—Y supongo que tenía un coche.

—Cierto. Un precioso Toyota color guinda.

—Y, sin embargo, permitió que aguardara una hora en la parada del autobús y comprobó pasivamente cómo la lluvia me iba empapando, ¿verdad?

—Bueno, no estaba segura de...

Dejé la copa sin tocar y murmuré a su oído:

—¡Váyase al diablo, muñeca!

Y escapé del bar, profundamente irritado.

Pero me equivocaba si suponía que ella me iba a dejar escapar por las buenas. Aún no había cruzado la calle en dirección al Lancia estacionado en la acera de enfrente, cuando oí un rápido taconeo.

—¡Aguarde, por favor! ¡Yo se lo explicaré todo! —gritó tras de mí.

Me detuve al borde de la acera. Ella llegó hasta mí en una

rápida carrerita y se aferró a mi brazo.

—No puede marcharse así, Doug —jadeó. Y añadió en un susurro—: Se trata de Tony Carson.

Al ver mi actitud vacilante, tiró de mí con fuerza y suplicó:

—Por favor, sólo serán unos minutos. Venga. Daremos un paseo en mi coche.

Me tendió unas llaves y me señaló con un gesto el precioso automóvil deportivo aparcado a unos metros de distancia.

Todavía desconcertado, me introduje en el coche y le abrí la portezuela derecha. Sin embargo, aquella muchacha llamada Rubi había logrado despertar mi interés con sólo dos palabras: Tony Carson.

—Muy bien —dije, volviéndose hacia ella—. ¿Qué hay con Tony Carson?

Rubi miró a su alrededor con desconfianza.

—Se lo explicaré todo en un lugar más discreto —respondió—. Tengo un apartamento en Parkside Road, 39. Hablaremos mientras tomamos una copa.

Puse el motor en marcha y conduje hacia Parkside Road.

Todo coincidía en aquella guapa muchacha. Un bombón como el que se sentaba a mi derecha necesitaba un estuche color guinda como el que yo conducía y una dorada bombonera como uno de los caros y elegantes apartamentos próximos al parque.

Quince minutos después subíamos en el ascensor hasta la planta decimotercera del edificio Strawberry. En la acristalada entrada había visto una placa dorada que anunciaba apartamentos amueblados alquilables por meses.

El de Rubi era amplio y confortable pero impersonal, por lo que deduje que se trataba de uno de aquellos apartamentos amueblados de alquiler. Sin embargo, su mueble-bar estaba bien provisto, según pude comprobar poco después.

Me sirvió una copa y me ofreció uno de sus largos cigarrillos. Tras lo cual, se despojó de su chaquetón de piel, se sentó frente a mí y cruzó su perfecto par de piernas.

—No andemos con rodeos, pequeña —le dije con impaciencia—. ¿Qué, es eso de Tony Carson?

Sonrió como si estuviera ligando con Robert Redford.

—Unos cuantos amigos tenemos un proyecto respecto a Tony:

estamos decididos a facilitarle la fuga de Hoganville —declaró como si tal cosa.

Me atraganté.

—Pero ¿quiénes son esos amigos? —quise saber, cuando logré controlar mi estupor.

—No estoy autorizada para desvelar sus nombres, por ahora —respondió—. Debe bastarte con saber que somos amigos de Tony. Y hemos pensado en ti porque sabemos que harías cualquier cosa por tu amigo.

—Aprecio mucho a Tony y me gustaría ayudarle, pero vosotros estáis locos —dije, despectivo—. No tenéis ni idea de lo que es Hoganville.

Pero ella especificó con sangre fría:

—Te equivocas. Sabemos que es una prisión de alta seguridad. Pero disponemos de los medios necesarios para convertir su fuga en un hecho.

Bebí ávidamente de mi copa. Por fin, el coñac comenzaba a calentarme interiormente.

—Supongamos que sea como dices —admití—. No creo que Tony esté de acuerdo. El prefería esperar a cumplir su condena. Me lo dijo así, literalmente.

Rubi se echó a reír alegremente.

—Imagino que Tony tiene toda la confianza en ti. Pero es demasiado prudente para divulgar sus pensamientos más íntimos en un lugar tan peligroso como la penitenciaría de Hoganville. Incluso tú podrías traicionarte sin proponértelo, Doug. No, amigo mío: Tony hizo bien en tomar todas las precauciones. Una vez tú en libertad habría llegado el momento de ponerte al corriente de nuestro plan.

—Así que él está de acuerdo... —comenté, dubitativo.

—Es él, precisamente, quien nos pidió que le ayudásemos. Reflexiona, Doug: ¿crees que un hombre tan decidido como Tony iba a soportar pudrirse en prisión?

No supe qué responder a tal pregunta. En cualquier caso, si Tony había decidido fugarse, había sabido mantener la boca bien cerrada.

—Tenemos dinero suficiente y otros medios —añadió Rubi, observándome atentamente—. Pero tú eres imprescindible en nuestro proyecto. Conoces la prisión por dentro y posees otros conocimientos importantes, que serán muy valiosos para el éxito de

la fuga.

Se levantó, contoneó sabiamente las caderas y me sirvió coñac nuevamente. Comenzaba a sentirme un poco mareado, no sé si por efecto del alcohol o por la tentadora proximidad de aquella hermosa muchachita, cuyos cabellos acababan de rozar mi rostro.

Fumamos nuevos cigarrillos. En el apartamento de Rubi me sentía muy cómodo, pero ella esperaba una respuesta por mi parte.

—¿Qué decides? —preguntó al fin, observándome a través de las volutas azuladas de su cigarrillo.

—Necesito pensarlo —contesté—. Compréndelo: acabo de salir de la prisión después de cinco largos años de encierro. No me gustaría volver en seguida a la cárcel. Vuestro plan me parece muy confuso y poco claro. ¿Cómo pensáis sacar a Carson de Hoganville?

Me miró con una sonrisa maliciosa.

—Conocerás nuestro plan con detalle cuando hayas decidido aceptar el trabajo. Además, Tony se mostrará agradecido. Hay para ti una recompensa de cincuenta mil dólares —anunció.

Silbé suavemente, incapaz de disimular mi admiración.

—Te entregaremos veinte mil dólares antes de mover un solo dedo. Los treinta mil restantes te serán pagados cuando Tony esté a salvo —explicó Rubi, consciente de mi turbación.

—No haría una cosa así por dinero. Si acepto colaborar en ese descabellado plan de fuga, lo haría solamente por Tony —dije, un tanto nervioso.

Rubi dejó escapar una nueva carcajada.

—Vamos, vamos. Sé que eres un buen amigo de Tony y mis compañeros se sentirán muy satisfechos de conocer tu generosidad, pero si aceptas correrás un riesgo considerable y ello merece una compensación. Para tu tranquilidad, te diré que Tony posee suficiente dinero. Los cincuenta mil dólares que irán a parar a tu bolsillo servirán para que empieces tu nueva vida con desahogo. Y Tony jamás olvidará que tú has colaborado decisivamente en su libertad.

Al fin, yo comprobaba que los rumores que circulaban en la prisión eran ciertos: Tony tenía dinero abundante escondido en algún recóndito lugar. Pero a mí este asunto no me concernía.

—Muy bien —dije, mirando fijamente a mi bella anfitriona—. Pero ¿qué ocurrirá si todo el plan se viene abajo y a Tony y a mí

nos trincan antes de ponernos a salvo?

Una sonrisa suficiente distendió los labios de Rubi.

—El plan no puede fallar. Hemos invertido demasiado tiempo, trabajo y dinero para permitirnos un fallo. Nuestro programa prevé todas las circunstancias adversas y la forma de superarlas —declaró.

Y añadió con un mohín insinuante:

—Sólo falta que tú te decidas.

—Lo pensaré —decidí, incorporándome—. ¿Puedo llamarte aquí? Perfectamente; te telefonearé para darte cuenta de mi decisión.

—No tardes. Tony se siente impaciente por escapar de aquella ratonera —respondió.

CAPÍTULO VI

Una intensa excitación me embargaba cuando descendí a la calle. Después de la larga conversación con la pequeña y sofisticada Rubi, aquel asunto de la fuga de Tony Carson había conseguido atraer mi interés.

Sin embargo, el proyecto seguía antojándoseme descabellado. ¡Sacar a un recluso de la dura y vigiladísima prisión de Hoganville...!

Había dejado de llover y las calles aparecían brillantes y húmedas. Hacía frío.

Como el lugar donde había dejado mi abollado Lancia estaba relativamente próximo, decidí trasladarme hasta allá caminando.

Me resultaba increíble que Tony se hubiera mostrado tan desconfiado conmigo. Nos conocíamos suficientemente como para que él me ocultara el hecho de su proyectada fuga. Sólo el ambiente malsano, peligroso y comprometido de la penitenciaría podían ser la causa de aquel exceso de celo por parte de mi amigo.

—Es una locura —pensé, mientras caminaba a buen paso junto a los deslumbrantes escaparates—. La prisión está situada en una llanura, que los vigilantes dominan en una gran extensión desde sus altas garitas. Disponen de teléfono, ametralladoras y potentísimos focos. Un asalto desde la superficie significaría un suicidio colectivo.

Pero las medidas de seguridad, en Hoganville, iban mucho más allá; centenares de cámaras de televisión escudriñaban día y noche todos los rincones de la prisión y vigilaban los movimientos de los presos. Por otra parte, complicados mecanismos electrónicos cerraban automáticamente verjas y rastrillos y detectaban al segundo cualquier manipulación fraudulenta.

—La única solución viable sería llegar a través de las cloacas — deduje.

Una gran cloaca pasaba cerca de la prisión desde la cercana población de Hoganville y recogía las aguas residuales de la penitenciaría. Finalmente, la cloaca iba a desaguar al Galesdown River, cinco kilómetros más abajo.

Pero también las cloacas suponían un obstáculo considerable: el acceso a la prisión estaba cerrado por gruesos barrotes de acero inoxidable situados en las acometidas. Dentro de la prisión, los registros se inspeccionaban regularmente, varias veces al día.

Por otra parte, cuando llovía torrencialmente el río Galesdown subía hasta seis metros sobre su nivel normal y las aguas retrocedían por la cloaca, de forma que en varias ocasiones las tapas de alcantarilla de la prisión habían saltado impulsadas por la tremenda presión y las zonas más bajas se habían anegado.

¿Por el aire, quizá?

—Imposible —me respondí—. A Peter «Wolf» Warlove, sus cómplices intentaron sacarlo de allí en un helicóptero, pero los vigilantes armados abatieron el aparato antes de que consiguiese acercarse a la prisión. Sólo un fanático suicida intentaría algo semejante.

Sin embargo, los amigos de Tony parecían convencidos de que el proyecto era factible. Cómo pensaban realizarlo, suponía un completo enigma para mí.

Apresuré el paso. Eran las diez de la noche y yo aún no sabía dónde iba a dormir.

Pocos minutos después me introducía en mi coche. ¿Adónde ir? En aquel momento sentí la soledad como algo físico e indeseable, me llamé tonto a mí mismo: Rubi parecía tan próxima y propicia a mí, que hubiera bastado una palabra por mi parte para que ella me invitase a quedarme en su apartamento. Pero yo había insistido en marcharme, pues no deseaba que la atractiva joven pudiera influir en mi decisión respecto a la fuga de Carson.

Desde el momento en que Beatrice me entregase el certificado de depósito por cinco mil dólares, yo había decidido estirar aquel dinero hasta el máximo, previendo una temporada de vacas flacas.

Sin embargo, temía el ofrecimiento incondicional de «Bull» Wellard y una ganancia en perspectiva de cincuenta mil dólares.

—¿Por qué escatimar, entonces, el dinero? Dentro de unas semanas, de unos días quizá, es posible que mi último refugio sea el cajón frigorífico del depósito de cadáveres. ¡Valor, muchacho! Gocemos de la vida, ahora que todavía estamos vivos —me dije.

En Ballington había buenos hoteles. Estaban el Goldhouse, el Masterman, el New Melville... Pero sobre todo estaba el Carlston, un soberbio edificio de doce plantas, céntricamente situado. El Carlston tenía muchas virtudes: lujosas *suites*, esmerado servicio, un bar famoso por sus refinados cócteles y la mejor cocina en muchos kilómetros a la redonda. Sólo había una pega: una habitación en el Carlston costaba cien dólares por día.

Curioso: Rubi me había recomendado el Carlston minutos antes de separarme de ella.

Inconscientemente, mi «Lancia» rodó hacia el hotel Carlston. Pero no me atreví a llevar el abollado vehículo hasta la entrada; me conformé con aparcarlo en las inmediaciones.

Observé un considerable movimiento de vehículos y personas ante la fachada del rutilante hotel.

—No seas estúpido: probablemente te darán con la puerta en las narices. O en el mejor de los casos te dirán que no Queda nada libre —me dije.

Pero ascendí decididamente los peldaños que llevaban hasta el vestíbulo e incluso cuadré los hombros al pasar ante el impresionante portero de uniforme.

Como había imaginado, la clientela del Carlston era cosmopolita y elegante. Varias docenas de personas ocupaban los divanes del suntuoso *hall* y los botones y empleados iban y venían entre la conserjería y la planta de ascensores.

Cuando me aproximé al mostrador de recepción, oí decir a uno de los empleados:

—Lo siento infinitamente, señores, pero no tenemos nada libre. Quizá en el Goldhouse... No, no: ya le he dicho que estamos a tope. Vayan al Goldhouse. Quizá allí...

El matrimonio formado por un hombre de unos sesenta años y una señora gruesa de semejante edad se alejaron lamentándose. Viendo esto, imaginé que yo correría una suerte parecida. Por eso me acerqué tímidamente al mostrador.

Antes de que pronunciase una sola palabra, un agradable

empleado se acercaba a mí, me escrutaba con interés y preguntaba:

—¿El señor Douglas Walker?

Asentí, desconcertado. Pero el empleado chasqueaba ya sus dedos con un ademán perentorio. Se acercó un botones y el amable joven de recepción me ofreció el libro-registro.

—Firme aquí, por favor, señor Walker. *Suite* 84, planta cuarta. Le deseo una satisfactoria estancia en nuestro hotel, señor Walker.

Cinco minutos después me encontraba en una *suite* de en sueño: un gran salón decorado en color tabaco, un pequeño despacho, una alcoba regia y un cuarto de baño propio de un jeque del Golfo Pérsico.

Distraído, puse un billete de cinco dólares en la mano del botones, el cual me dio las gracias junto con sus deseos sinceros de que mi estancia en el Carlston me resultase agradable y etcétera.

Todavía no había salido de mi asombro, cuando llamaron discretamente a la puerta. Dije «adelante» y apareció una deliciosa criatura vestida con uniforme negro y una pequeña cofia blanca sobre sus brillantes cabellos oscuros.

—Buenas noches, señor Walker —dijo, sonriendo agradablemente—. Soy Edelweiss, su encargada de planta. ¿Lo ha encontrado todo de su gusto? Imagino que se propone cenar en su *suite*, dado lo avanzado de la hora. ¿Quiere dictarme su menú, señor?

La contemplé boquiabierto, durante un largo minuto. Y valía la pena gastar un minuto en aquella mujer: era alta, rotunda de formas, pero no le sobraban ni cien gramos. A juzgar por su exótico nombre, podría pensarse que era centroeuropea, sin embargo aquella estampa de mujer que contemplaban mis asombrados ojos poseía una belleza de líneas netamente latina: cabellos negros, facciones carnosas, expresión viva, ojos vivaces... Era una italiana, sin duda.

Vi que se humedecía los deliciosos labios con la punta de la lengua y sentí que un cosquilleo peculiar recorría mi espalda.

—¿Dónde está la carta? —respondí, un tanto turbado.

¡Oh, la carta no es precisa, señor Walker! —respondió, risueña—. Nuestro *chef* preparará cualquier plato que usted elija. ¡Se lo juro! —añadió, alzando la mano derecha solemnemente.

—No sé qué elegir... —Y era cierto—. Entretanto, ¿por qué no

me trae un par de martinis secos? Aprovecharé la pausa para decidir mi cena.

Edelweiss anotó algo en su libretita, sonrió con todo el calor del Mediterráneo y dijo:

—En seguida, señor Walker. Y si necesita algo de mí, le bastará con pulsar el botón número 5 del cuadro de llamadas.

Se alejó hacia la puerta y seguí su desplazamiento con una mirada de admiración. Una espléndida y simpática mujer.

Pero ¿quién movía todo aquello? ¿Quién había hecho posible que yo gozase de una lujosa *suite* en el Carlston cuando el conserje había asegurado en mis propias narices —y a un matrimonio de edad avanzada— que todas las habitaciones estaban ocupadas?

¿Rubi y los demás amigos de Tony Carson? Si era así debían contar con grandes influencias, porque era notorio que no todas las personas eran bien recibidas en aquel hotel. Y yo, un ser insignificante, una mota de polvo en el desierto, me veía rodeado de atenciones, cortesías y halagos...

Edelweiss volvió diez minutos más tarde, cuando yo terminaba de encender un cigarrillo después de despojarme de mi cálido chaquetón de piel.

Traía una bandeja de plata, que dejó sobre la baja mesa del salón. En la bandeja estaban las dos finas copas con los martinis y unos diminutos platitos de porcelana fina con aceitunas, taquitos de jamón y frutos secos.

Al incorporarme, mis ojos se cruzaron con los bellísimos y rasgados de Edelweiss.

—Discúlpeme, señor Walker.

—¿Sí? —dije, sin dejar de contemplar sus expresivos ojos.

—Supongo que espera compañía... femenina. Lo digo por lo por los dos martinis. Tal vez debamos preparar una cena para dos —sugirió.

Reí con una rara e injustificada alegría.

—No espero a nadie, señorita Edelweiss —respondí—. El segundo martini es para usted. ¿Quiere beber conmigo?

—No sé si debo... Pero ya que es tan amable, acepto encantada.

Puse la copa en su mano y rocé sus dedos con los míos: eran tibios, muy agradables al ateto. Chocamos las copas suavemente y sonreímos a un tiempo. Bebimos.

—Gracias, señor Walker. ¿Ha pensado ya en su cena?

Si Rubi había conseguido calentar un poco mi sensibilidad, Edelweiss poseía la facultad de provocar un volcán dentro de mí. Por fortuna la mesa nos separaba, caso contrario no hubiera podido resistir la tentación de tomarla por la cintura y besar sus carnosos labios.

—Es difícil para mí concentrarme si sigue mirándome de ese modo, mi querida Edelweiss —pronuncié, dejándome caer sobre el diván. Ella rió, nerviosa, y yo volví a contemplar, admirado, sus profundos ojos oscuros—. ¿Qué me aconseja usted?

Sacó su libretita y comenzó a anotar.

—¿Qué le parece una ensalada de pescado al aceite de trufa, como entrante? Bien. Después un *magret* de pato Grand Mansarde: es ligero y abre el apetito. Después... ¿una *boullabaise* quizá? También un asado Oxford a la mostaza, ¿le parece bien? ¿Entrecot?

Yo me limitaba a asentir tácitamente a cada una de sus sugerencias. Finalmente, Edelweiss compuso un menú para la cena tan extenso como diverso y exótico. Por supuesto, yo solo no sería capaz de dar cuenta de tantos platos. Pero ¡qué importaba! Yo acababa de salir de la cárcel y era el momento de celebrarlo.

Edelweiss se marchó en seguida, contoneando magistralmente sus caderas de ánfora griega. Y en cuanto ella desaparejó me sentí tan sólo como antes.

Pero mi admirable encargada de planta volvió en seguida. Traía otra bandeja, con dos martinis muy secos y una sonrisa espléndida en sus rasgos latinos.

—Le servirán la cena dentro de media hora, señor Walker —anunció—. Entretanto, me he tomado la libertad de preparar otros dos martinis.

—Muy acertado —aplaudí.

—Los empleados no podemos permitirnos la libertad de invitar a los clientes, pero por esta vez estoy dispuesta a desafiar todas las reglas. ¿Acepta mi invitación personal, señor Walker? —me consultó con un leve temblor en los húmedos labios.

Me puse en pie, conmovido.

—Acepto encantado, Edelweiss —contesté. E incluso me atreví a decir—: ¿Por qué no se sienta un momento?

—Sólo un minuto —accedió—. Compréndalo, señor Walker: no

puedo desatender el servicio.

Me hubiera gustado tener a Edelweiss para mí solo, pero me resigné.

—Dígame, Edelweiss —solicité—, ¿quién es la persona que me ha recomendado?

Enarcó una ceja, sorprendida.

—¿Recomendado? No sé a qué se refiere, señor Walker.

—Vamos, vamos, Edelweiss —insistí—. Cuando llegué a recepción, el conserje rechazaba a dos clientes. En cambio, a mí se me ha concedido en seguida una de las mejores *suites*. Además, me han rodeado de cortesías, de amabilidades y cuidados... Usted misma se ha mostrado encantadoramente solícita desde que llegué aquí. Todo ello parece indicar que alguna persona muy influyente se ha preocupado de hacerme fáciles las cosas...

Edelweiss terminó su copa y se puso en pie lentamente.

—Ignoro si, como usted dice, algún personaje importante le ha recomendado a la dirección de este hotel, señor Walker. En cuanto a mi actitud para con usted... —vaciló y sus deliciosos pómulos se colorearon—. Bien, se trata simplemente de una predisposición personal. Digamos que usted me ha sido especialmente... simpático.

—Es usted encantadora, Edelweiss —respondí. Y añadí, audaz—: Dígame, ¿es usted una mujer libre?

—¿Quiere decir... si estoy comprometida? No, señor Walker. Soy soltera —dijo.

—¿Cuándo termina su servicio?

—A las doce de la noche.

—En ese caso, ¿aceptaría compartir conmigo una botella de champaña? —Vi que vacilaba e insistí—: Se lo ruego. Soy una especie de lobo solitario, ansioso de compañía.

Ya desde la puerta, la preciosa Edelweiss sonrió y dijo:

—Veré qué puedo hacer, señor Walker.

CAPÍTULO VII

Tres días más tarde marqué el número de teléfono de Rubi.

—Soy Walker —me anuncié—. He decidido participar en vuestro proyecto.

Se oyó un gritito gozoso al otro lado.

—¡Al fin te has decidido! —exclamó la joven—. Espléndido, Doug; no te arrepentirás.

—Bien. ¿Qué es lo que tengo que hacer? —le consulté.

—Nada. Sigue tranquilamente en el Carlston. Entretanto, yo me pondré en contacto con nuestros amigos y les daré cuenta de tu decisión. También enviaremos la noticia a Tony. Imagino que dejará escapar un suspiro de alivio cuando sepa que tú has decidido participar.

—Pero...

—Ten calma. Te llamaré pronto.

Pero su llamada no se produjo hasta los primeros días de diciembre.

—¿Doug? Soy Rubi. ¿Puedes venir a mi apartamento de Parkside?

Salí a la calle. Había nevado el día anterior y el pavimento estaba cubierto de nieve sucia.

Mi «Lancia» estaba en el garaje del hotel, pero preferí acudir a la cita a pie. Hacía frío. Los escaparates de los grandes almacenes y de las tiendas lujosas comenzaban a engalanarse con las luces y adornos típicamente navideños.

Pensé en Flossie mientras caminaba hacia el parque. Me la imaginé en un pisito confortable, cuidando embelesada a su hijito. —Doug, como yo— y esperando, quizá ansiosa, la llegada de su esposo, Haydock, aquel hombre que no había dudado en aceptarla

tal cual era, con su hijo de otro y todas las consecuencias. Y me sentía más miserable y solitario que nunca.

Pero Flossie era agua pasada y al fin y al cabo yo no era un hombre tan desafortunado. Tenía dinero, iba a ganar mucho más. Y tenía también a Edelweiss, que se había encaprichado de mí y se plegaba mimosamente a todos mis deseos, conformándose apenas con algún pequeño regalo de cuando en cuando.

En el parque, las ramas de los abetos se mecían cadenciosamente bajo el peso de los abundantes copos y los automóviles, escasos, circulaban con precaución.

En el piso decimotercero del edificio Strawberry me aguardaban Rubi y dos desconocidos.

—Chad y Joe —nos presentó Rubi—. Éste es Doug.

Chad y Joe no debían tener apellidos. Cuando hice un comentario irónico al respecto, Rubi respondió:

—Compréndelo: todos corremos un gran riesgo en esto. Es mejor así. Tendremos más seguridad cuanto menos sepamos los unos de los otros.

Pero tal aseveración no era muy exacta: ellos poseían ventaja sobre mí, puesto que conocían mi nombre completo e incluso mis antecedentes.

Sin embargo, simulé no darle importancia al asunto y observé disimuladamente a los dos personajes que acababan de presentarme. Chad era alto, rubio, esbelto y hierático. Joe era más bajo, muy fornido, moreno y mucho más expresivo que su compañero. Ambos eran jóvenes y tenían buen aspecto. Sus atuendos eran elegantes, formales.

Rubi sirvió unas copas. Encendimos cigarrillos y bebimos. En seguida, Chad introdujo una mano en el bolsillo interior de su gabán y sacó un sobre, que depositó en la mesa.

—Ahí tienes lo prometido, Doug: un anticipo de veinte mil dólares. ¿Quieres verificar el contenido de ese sobre? —pidió.

Lo abrí y conté el dinero por encima. Había exactamente veinte mil dólares: diez billetes de mil y diez fajitos de billetes de cien. El dinero era bueno, de curso legal.

—Como te anticipé, te entregaremos el resto cuando Tony esté fuera —declaró Rubi.

—¿Y si el plan fracasase? —les planteé—. ¿Me vería obligado a

devolver este dinero?

Rubi dejó escapar una risita.

—Por supuesto que no. Pero no temas: no habrá fracaso. Y cuando todo haya terminado tú habrás ganado en total cincuenta mil dólares —dijo.

Asentí. ¿Qué más podía exigir? Yo iba a hacer un favor inestimable a un amigo de verdad. Y además, de paso, ganaría una pequeña fortuna.

—Muy bien. Y ahora ¿cuál es exactamente vuestro plan? —quise saber.

Se miraron entre sí y luego Joe sacó algo que desplegó sobre la mesa.

Era un plano. Un perfecto plano de la prisión de Hoganville. Se trataba de una fotocopia de un plano original, impreso. ¿Cómo lo habrían conseguido?

—Hemos llegado a la conclusión de que el camino que reúne más seguridad es el camino de las cloacas —declaró Joe, señalando en el plano la estrecha línea que partía de la pequeña ciudad de Hoganville—. Esto es la estación depuradora de aguas residuales —señaló el lugar con un dedo—. Es el mejor punto para descender a las cloacas. De noche, sólo hay un vigilante, un hombre de unos cincuenta y cinco años que tiene el oído muy duro y usa lentes de contacto.

Le interrumpí para hacerle notar el obstáculo insalvable de los gruesos barrotes situados a la salida de la prisión.

—¿Insalvable? —se burló Joe—. Amigo, hemos cortado barrotes más gruesos y duros que éstos. Chad tiene una bonita sierra mecánica de tungsteno: ese aparatito corta todo lo que se le ponga por delante. Ya te la enseñaremos. Incluso podrás entrenarte con ella.

Rubi volvió a llenar mi copa.

—¿Quién va a hacer ese trabajo? —pregunté.

—Tú —respondió Chad, clavando sus fríos ojos azules en los míos—. Nosotros nos limitaremos a apoyarte desde el exterior.

No me hacía ninguna gracia aventurarme unos cuantos kilómetros a lo largo de una cloaca, pero naturalmente no era tan ingenuo como para imaginar que iba a ganar cincuenta mil dólares fácilmente.

—Nos hemos ocupado de tu seguridad tanto como la de Tony. Cuando descendas a las cloacas, irás equipado con un traje termostable de buceador y un equipo de respiración autónoma —explicó Rubi, animosa—. No hemos dejado nada al azar. Sabemos, por ejemplo, que la crecida del Galesdown River puede hacer retroceder las aguas por la cloaca... Con el equipo de hombre-rana y lámparas adecuadas no correrás el peligro de morir ahogado allá abajo. Te facilitaremos una lancha neumática con la que podrás desplazarte con rapidez sobre las aguas residuales. Llevarás también un equipo similar para Tony.

Aquellas nociones fueron penetrando rápidamente en mi cerebro. Vistas las cosas así no parecían tan difíciles.

—Aún quedan muchas cuestiones por esclarecer —dije—. Imaginemos que logro partir los barrotes con esa sierra y llegar hasta la lavandería. ¿Cómo conseguiré liberar a Tony? ¿Habéis olvidado que nuestro amigo se encuentra en una celda de la galería de seguridad?

Rubi volvió a reír, Joe la coreó e incluso Chad se permitió una sonrisita conmisericordiosa.

—¿Cómo podemos convencerte de que hemos pensado a fondo en todos los pormenores del caso? —exclamó—. Pero será mejor que se lo expliques todo tú, Rubi, puesto que la iniciativa de sacar a Tony de Hoganville es tuya.

Rubi se humedeció los labios con la puntita de la lengua.

—Para que lo entiendas mejor, Doug, te confesaré que tenemos algunos contactos dentro de la prisión —declaró—. La noche de la fuga, Tony se fingirá enfermo y un funcionario le llevará a la enfermería. Según el plano, para llegar a la enfermería hay que atravesar un patio por el que también se accede a la lavandería, ¿no es cierto?

Asentí vivamente. Y Rubi siguió:

—Esto quiere decir que Tony se encontrará a pocos metros de ti, que aguardarás en la lavandería. Y entonces se apagarán todas las luces de la prisión. Una avería en el suministro, ¿entiendes?

—De la que os ocuparéis vosotros, supongo —insinué.

—Supones bien. Por ello, toda la operación deberá estar cronometrada al segundo. Pero eso no ofrece ninguna dificultad, porque estaremos comunicados contigo por radio en todo momento,

mediante juegos de potentes *walkie-talkies*.

Sonreí.

—Perfecto... si no fuera porque la prisión cuenta con un grupo electrógeno que se pone en marcha automáticamente en cuanto falla el fluido general —la atajé.

—Pero, Doug... ¡tú eres un buen mecánico y un buen electricista! ¿Dónde está situado ese grupo electrógeno? —preguntó.

—En una dependencia anexa a la lavandería... —Comencé a decir. Y no seguí hablando, porque era evidente que me correspondería a mí anular el grupo electrógeno.

—Te entregaremos un juego de llaves, Doug —añadió Joe, gesticulando muy nervioso con las manos—. Y una de esas llaves será precisamente la del cuarto donde se aloja el grupo electrógeno, cerca del transformador de alta tensión... ¿Sabes cuánto tiempo y cuánto dinero nos ha costado obtener esas llaves?

—¡Eso nada importa ahora! —le atajó Chad con brusquedad.

—Chad tiene razón: lo que importa es que Doug recuerde puntualmente cada uno de sus pasos —afirmó Rubi—. Por fin, toda la prisión quedará en tinieblas. Los centinelas de las garitas no podrán ver nada, ni comunicarse entre sí, ni adoptar ninguna otra iniciativa. Tampoco funcionarán las cámaras de televisión, ni las sirenas de alarma, ni siquiera el teléfono. En ese momento, Tony estará en el patio, acompañado por el funcionario que le lleva a la enfermería. ¿Es preciso que te explique cuál debe ser tu actuación en ese momento?

—Déjalo de mi cuenta —respondí un tanto irritado—. Sabré arreglármelas bien.

—En cuanto te hayas deshecho del funcionario, no tienes que hacer otra cosa que tomar a Tony y arrastrarle hasta la lavandería. Descenderéis a las cloacas a través de una de las trampillas de aquel departamento y volveréis a la superficie por la estación depuradora, donde os estaremos aguardando con varios vehículos. A partir de ahí, te desentenderás del asunto. Te entregaremos treinta mil dólares y podrás marcharte adonde quieras.

—¿Y Tony? —indagué.

—Le sacaremos del país esa misma noche —afirmó Rubi—. A partir de ese momento, Tony estará a resguardo de cualquier peligro.

Puse mi copa ante Rubi y encendí un cigarrillo, bastante excitado. Ella escanció coñac en la copa y yo bebí con ansiedad.

¡Parecía tan fácil liberar a Tony, expuestas las cosas así...!

Por supuesto, había mucho dinero de por medio. No sólo era mi parte, sino también las cuantiosas cantidades que los amigos de Carson debían haber gastado en sobornar a uno o varios funcionarios de Hoganville.

Rubi me estaba observando fijamente.

—Bueno, di algo. ¿Qué te parece nuestro plan? —exclamó, impaciente.

—No lo sé. Me parece... demasiado perfecto —repuse, indeciso.

Durante la siguiente media hora, Rubi, Chad y Joe se esforzaron en convencerme de que su proyecto era impecable y factible. Si yo tenía alguna duda al respecto, debía exponerla en aquel mismo momento.

—Me gustaría saber qué interés tenéis vosotros en todo esto. ¿Se trata de simple amistad hacia Tony? —planteé.

Nuevamente volvieron a consultarse con la mirada. Finalmente fue Rubi la que tomó la palabra.

—Mentiríamos si dijéramos tal cosa. Ciertamente que estimamos mucho a Carson, pero también nos unen a él otros intereses, ¿comprendes? En pocas palabras: Tony nos compensará por todo lo que vamos a hacer por él. No sólo nos estamos exponiendo por su causa: también estamos gastando nuestros ahorros en financiar esta empresa. Cuando hayamos terminado, Tony ha prometido compartir con nosotros su dinero. Al fin y al cabo, también tú, Doug, vas a beneficiarte. Y ahora, dínos, ¿estás de acuerdo con todo lo que te hemos expuesto?

Contesté afirmativamente. ¿Qué otra cosa podía hacer, puesto que me había comprometido ya aceptando el sobre que ahora apretaba nerviosamente en el fondo de mi bolsillo?

Chad se puso en pie. Era muy alto. No me resultaba demasiado simpático.

—En tal caso, sólo queda acordar la fecha —dijo—. Tú te has pasado cinco años en Hoganville, Doug. ¿Qué fecha convendría mejor a nuestros planes?

Reflexioné brevemente, mientras calentaba la copa en la palma de mi mano.

—El último día del año —decidí—. En Nochevieja, la disciplina y la vigilancia se relajan un tanto. Algunos funcionarios se emborrachan y otros hacen su agosto vendiendo botellas de licor a los presos a precios exorbitantes. Además, la administración permite que los presos beban cerveza y vino esa noche... Sí, creo que la fuga de Carson debe llevarse a cabo en Nochevieja.

CAPÍTULO VIII

Y al fin el momento había llegado: era el treinta y uno de diciembre.

Joe y Chad me habían adiestrado convenientemente. Durante varios días me habían obligado a bucear con el equipo de respiración autónoma en la piscina climatizada del Sportmen Club, hasta que conseguí utilizar los aparatos con facilidad.

También me mostraron su fabulosa sierra de tungsteno a pilas, capaz de serrar durísimos metales. Ocultos en un apartado cementerio de automóviles, hube de partir barrotes de acero de hasta diez centímetros de grosor y todo ello hasta conseguir hacerlo en el tiempo récord de tres minutos. La sierra era un aparatito muy sofisticado: estaba dotada de una sierra circular de tungsteno y widias incrustadas que realizaba un corte muy estrecho, regado con un hilillo de líquido lubricante, para impedir que el disco se recalentase demasiado. Una pequeña máquina de una efectividad increíble.

En resumen: cuando llegó el día treinta yo estaba dispuesto a emprender la gran aventura.

Era consciente de los riesgos que iba a correr. Sabía que podía perder la vida o, en último caso, la libertad. No me importaba demasiado: yo era un lobo solitario, sin afectos ni ataduras de ninguna clase.

No dejaba de considerar que Edelweiss Cantini, la empleada del Carlston, me había demostrado algo más que simpatía durante las últimas semanas. Era muy posible que aquella guapa mujer se hubiera enamorado de mí. Lamentablemente, yo no sentía hacia ella otra cosa que simpatía, deseo y agradecimiento.

El día anterior, Rubi me había hecho algunas advertencias.

Por ejemplo: no debía saldar mi cuenta en el hotel, ni despedirme de nadie. Tampoco era aconsejable, para mi seguridad posterior, que depositase los veinte mil dólares en una entidad bancaria.

Este último consejo era muy acertado: si la policía me mantenía bajo vigilancia y comprobaban el depósito de una cantidad tan elevada, me vería en serias dificultades a la hora de justificar tal ganancia honradamente.

A las seis de la tarde, abandoné el hotel, vestido con mis ropas habituales y en la actitud de quien se dispone despreocupadamente a dar un paseo.

Veinte minutos más tarde me reunía con Rubi en una cafetería próxima a Parkside Road. Tomé el coñac que ella había pedido para mí y salimos.

—Tony está ya sobre aviso. Hacia las once de la noche, nuestro amigo comenzara a sentirse indispuerto —me informó.

No hice ningún comentario. Aunque exteriormente no daba muestras de nerviosismo, una indefinible inquietud me mantenía tenso.

Fuimos caminando sobre la nieve sucia a lo largo de las calles. Rubi me afianzaba por un brazo y me oprimía de cuando en cuando, como si con aquel gesto tratase de infundirme seguridad.

—Joe y Chad aguardan en la furgoneta, estacionada en un callejón apartado —susurró a mi oído—. Dentro de ella, podrás cambiar tu indumentaria cuando llegue el momento.

Las calles estaban llenas de gente que iba y venía jubilosamente. Los escaparates lucían ya cegadoramente, ofreciendo a la vista del viandante sus abundantes tesoros. Había júbilo en los rostros de las personas que entraban y salían de las tiendas y almacenes cargados de paquetes y regalos. Era el día de fin de año y todos se disponían a gozar de unas horas de alegre esparcimiento entre amigos y familiares.

Viendo todo aquello, me sentí aún más triste. Mientras otros se aprestaban a despedir el año gozosamente, yo me vería obligado a pasar aquellas horas en una sucia y solitaria cloaca, donde mi única compañía serían las ratas.

Rubi me empujó hacia un callejón próximo. Se trataba de un pasaje mal iluminado y apenas transitado, flanqueado a trechos por

montones de embalajes vacíos y enormes cubos de basuras. Al final del callejón, distinguí la silueta de una furgoneta azul.

Chad y Joe ocupaban los asientos de la cabina y fumaban sin descanso. No parecieron reparar en nosotros, ni siquiera hicieron un gesto de saludo cuando Rubi y yo pasamos ante ellos, rodeamos el vehículo, abrimos el portón trasero y subimos.

Chad se volvió en su asiento, me miró inquisitivamente en la penumbra e inquirió:

—¿Todo va bien, Doug? ¿Estás dispuesto?

Dije que sí y Joe puso el motor en marcha. La furgoneta reculó, abandonó el callejón y salió a una calle más ancha. Luego rodamos a pequeña velocidad hasta que alcanzamos *Round Drive*: estábamos en camino a Hoganville.

—¿Por qué tan temprano? —dije a Chad, quien indudablemente se había erigido en director de operaciones—. Según Rubi, Tony se sentirá indispuerto hacia las once. Hay tiempo de sobra. ¿Por qué tanta prisa?

Chad respondió sin mirarme:

—Es una medida elemental de precaución. Tenemos que preverlo todo, incluso una avería de este vehículo en nuestro desplazamiento a Hoganville. Si contamos con tiempo suficiente, siempre tendremos la posibilidad de superar cualquier obstáculo.

Al cabo de unos minutos de silencio añadió:

—No temas: sólo estarás allá abajo el tiempo imprescindible. Pararemos antes de llegar a Hoganville y aguardaremos hasta las nueve y media. Luego nos dirigiremos a la estación depuradora y llegará el momento de tu actuación.

Saqué un cigarrillo y fumé con cierta ansiedad. Frente a mí, Rubi viajaba en cuclillas, apoyada la espalda en el lateral de la furgoneta. Junto a ella había una gran caja de cartón que, previsiblemente, contenía el equipo necesario para mi exploración a través de las alcantarillas.

A las siete y veinte comenzó a llover y poco después Joe aminoró la marcha. El vehículo abandonó la carretera y se detuvo ante un motel de carretera deslumbrante de luz. Había numerosos vehículos estacionados en la gran explanada, la mayor parte de ellos camiones de gran tonelaje.

—Bajemos —propuso Rubi—. Es preciso celebrar la despedida

del año y brindar por el éxito de nuestro proyecto.

—¿Creéis que será prudente? —Gruñó Chad.

—Vamos, vamos, Chad; nadie reparará en nosotros. Es día de diversión. ¿No oyes los gritos de los camioneros? Parece que están festejándolo a conciencia. También nosotros tenemos derecho a participar en la fiesta. Al fin y al cabo, siempre infundiremos más sospechas si nos quedamos aquí, que si nos acercamos a la barra de la cafetería —razonó Joe.

Chad accedió al fin, aunque a regañadientes. Descendimos del vehículo y Chad cerró todas las puertas con llave.

Caminamos apresuradamente bajo la lluvia, que en realidad era aguanieve, a juzgar por el efecto de las gélidas gotitas. Dentro del local, alguien había puesto una gramola automática a todo volumen y varios fornidos camioneros bailaban alocadamente con otras tantas camareras.

En el jolgorio desencadenado allí, nuestra llegada pasó por completo desapercibida. Un camarero que lucía un grotesco sombrero mexicano sobre su mondo cráneo, nos atendió al cabo de unos minutos.

Bebí a pequeños sorbos mi café humeante, alternándolo con un doble de coñac muy fuerte y áspero. Junto a mí, Rubi masticaba un enorme trozo de tarta y paladeaba una copa de jerez dulce, mientras Joe y Chad se conformaban con sendos bocks de cerveza.

El ambiente era cálido y alegre. Las camareras iban y venían con sus repletas bandejas, los camioneros bebían como cosacos y la gente reía y conversaba animadamente en las mesas próximas al ventanal.

Pedí un nuevo doble de coñac, ante la mirada de desaprobación de Chad, que no parecía muy feliz con su cerveza en la mano.

—¿No crees que estás bebiendo demasiado? —Gruñó, incapaz de reprimir su malhumor.

—Ocúpate de tus asuntos —le recomendé, irritado—. Yo sé cuidar de mí mismo.

—Vamos, vamos, no peleéis —terció inmediatamente Rubi—. Dos o tres dobles de coñac no significan nada para Doug. En realidad, casi le conviene beber razonablemente; allá abajo la temperatura no debe ser muy agradable. El coñac le ayudará a soportarlo.

En realidad, fueron cinco dobles de coñac los que despaché durante el largo rato que permanecemos en la cafetería del motel.

Poco después de las nueve, Chad me tocó bruscamente en el hombro.

—Ya está bien —dijo, reprimiendo su impaciencia—. Nos vamos.

Llamé al camarero y le entregué un billete de cien dólares. De improviso, Chad arrebató de un violento zarpazo el billete al empleado, el cual se le quedó mirando con asombro.

—No puedo permitir que pagues tú, amigo —se excusó Chad, forzando una sonrisa—. Esta noche pago yo.

Arrojó unos arrugados billetes sobre la barra y añadió:

—Quédese con la vuelta.

Un momento después estábamos en la furgoneta, camino de Hoganville. Pero yo no dejaba de pensar en la brusca reacción de Chad al arrebatarme mi billete de manos del camarero. Por supuesto, me había devuelto en seguida mis cien dólares, pero ¿por qué tal actitud, absolutamente desproporcionada y violenta?

No pude seguir pensando en ello, pues la furgoneta se acercaba a la población de Hoganville. En lugar de atravesar el núcleo urbano, Joe condujo carretera adelante hasta rebasar el pueblo. Luego torció a la izquierda y los neumáticos chapotearon en los charcos que cubrían un desolado camino flanqueado de altos cipreses.

El viaje apenas duró diez minutos. De pronto, la furgoneta se detuvo.

—Ha llegado el momento, Doug —dijo Chad, adusto—. Entrégale el equipo, Rubi.

Me desnudé apresuradamente en presencia de la mujer y los dos hombres. Sobre el largo calzoncillo de fibra sintética y la camiseta termostable del mismo material, comencé a embutirme el traje de caucho, con la ayuda de Rubi.

En una bolsa en bandolera llevaba otros útiles: dos lámparas potentes, un juego de pilas de repuesto, la sierra de tungsteno y un receptor-transmisor de radio.

Rubi ajustó a mi espalda el conjunto de respiración autónoma, mientras Chad cargaba con otras dos grandes bolsas.

—Bajemos —susurró Rubi.

Ajusté el par de aletas a mi cuello y descendí. Fuera, la oscuridad era absoluta.

Joe encendió fugazmente una linterna y vi la alambrada que rodeaba la estación depuradora de aguas residuales. Resonaron los chasquidos de un alicate al cortar la alambrada y Chad me empujó hacia adelante.

Caminamos despacio a lo largo de un sendero arenoso flanqueado de arbustos de hoja perenne. Poco a poco, mis ojos se iban adaptando a la oscuridad, de forma que me fue posible entrever las construcciones de hormigón de la estación depuradora. A lo lejos brillaba un rectángulo luminoso: al parecer, se trataba de la caseta del vigilante.

Poco después nos deteníamos. La linterna de Joe volvió a lucir e iluminó brevemente en el suelo un conjunto de cinco losas de hormigón encajadas en sus marcos.

—Rubi —susurró Chad.

—¿Qué? —respondió la joven quedamente.

—Ayúdale a ponerse las aletas natatorias. Entretanto, Joe y yo levantaremos esa tapa-registro.

Me quité los zapatos y me agaché. Cuando Rubi terminó de ajustarme las aletas, un chorro de luz iluminó el hueco a través del cual debía yo descender.

—Y ahora, escucha con atención —susurró Chad cuando la luz volvió a apagarse—. Descenderás hasta el fondo de la cloaca llevando el bote neumático, el remo y el equipo de buceador para Tony. Cuando llegues abajo, te bastará tirar de la cuerda que ya conoces para que el bote se infle automáticamente. Colocarás todo el equipo equilibradamente en el fondo del bote y bastará que te dejes llevar por la corriente hasta la confluencia con la cloaca de la prisión.

Era perder el tiempo tontamente, pues yo sabía muy bien lo que tenía que hacer.

—A partir de ese momento, estaremos llamándote continuamente por radio para comprobar tu avance —añadió Chad—. Sin embargo, lo más importante es que nos informes en el momento en que hayas logrado abrirte paso a través de los barrotes. Una vez en la lavandería, tendrás que moverte aprisa para neutralizar el grupo electrógeno. Conseguido esto, aguardarás en

aquella dependencia hasta que veas aparecer en la puerta a Carson y el funcionario que le acompañará a la enfermería. Esto es vital, pues en ese momento deben apagarse todas las luces.

—Bien. Pero aún no me habéis dicho quiénes se encargarán de provocar la avería en la línea de alta tensión —respondí.

—No es asunto tuyo. Te basta con tener la seguridad de que la penitenciaría quedará sin fuerza eléctrica en cuanto tú nos avises que Tony y el funcionario están a la vista —gruñó Chad, impaciente—. ¿Lo has entendido todo?

—No soy un estúpido, socio —respondí, irritado—. Todo lo demás queda de mi cuenta hasta que os traiga a Tony a este mismo lugar, ¿no es eso?

—Exactamente —murmuró Chad—. Y ahora, baja.

—¡Espera! —Rubi me sujetó por un brazo y puso en mi mano una pistola—. Guárdala. Ojalá no tengas que utilizarla, pero nunca se sabe...

CAPÍTULO IX

Me tranquilicé al comprobar que la altura de las aguas no era excesiva dentro de la cloaca, aunque podía escuchar su misterioso glú-glú y la corriente era considerable. Mi linterna recorrió el largo túnel hasta que los rayos luminosos fueron insuficientes para alcanzar el final.

Se trataba de un colector general de considerables dimensiones: dos metros de anchura por casi tres de altura. La profundidad del caudal debía ser de un metro, aproximadamente. A la derecha, las aguas no llegaban todavía al pasillo o acera de hormigón que debían utilizar los empleados del servicio.

De todas formas, y a pesar de que la estación depuradora funcionaba las veinticuatro horas del día, el ambiente no tenía nada de agradable, pues el aire tenía el clásico hedor de alcantarilla, aunque parecía respirable.

Después de inflar el bote y colocar adecuadamente el equipo, me acomodé en el centro y empuñé el remo. Una lámpara eléctrica bastante potente colgaba de mi cuello.

Como Chad me había advertido, bastó que empujara levemente el bote hacia adelante para que la corriente lo arrastrara en seguida.

A través del transmisor, advertí a los de arriba que todo se desarrollaba de acuerdo con lo previsto.

Mientras bogaba a lo largo de aquel desusado camino acuático, mi cerebro trataba de desentrañar arduamente varias incógnitas. ¿Cuántos eran, en realidad, los amigos de Tony Carson? Parecía evidente que las personas que participaban en la conspiración no eran solamente Rubi, Chad y Joe, puesto que otros personajes debían ocuparse de anular el suministro de energía eléctrica a la

penitenciaria.

¿Cómo podían conseguir tal cosa? Evidentemente, la forma más expeditiva y tajante consistía en volar una torre del tendido de alta tensión que abastecía a Hoganville y la prisión. Y no se trataba de un trabajo de niños: había primero que conseguir la cantidad de explosivos necesaria. La tarea exigía un equipo de, por lo menos, otras cuatro o cinco personas.

Calculé que quizá estarían involucradas una docena de personas o tal más. Y Tony tendría que pagar a cada uno de ellos... ¿cuánto dinero? ¿Y dónde estaba aquel dinero, una crecida cantidad, sin duda?

Mi embarcación avanzaba al compás de la corriente, cada vez más aprisa.

De pronto, escuché un rumor anormal en las aguas y frené el bote con el remo. A cincuenta metros de allí, la cloaca de la penitenciaria desaguaba en el colector general.

—Estoy acercándome a la bifurcación —advertí a través de la radio.

Y sin aguardar respuesta, me concentré en detener el bote y virar a la derecha cuando llegué al lugar donde los detritus de la prisión se unían al colector.

Tuve que bregar con fuerza. La corriente era fuerte en la confluencia y mi bote comenzó a girar locamente en el torbellino hasta que logré controlarlo. Bogaba y bogaba con brío y apenas lograba prosperar unos metros, hasta que por fin la corriente cedió su vertiginoso flujo y me fue posible avanzar desahogadamente.

Sin embargo, comenzaba a sentirme preocupado. Había descendido fácilmente algo más de cuatro kilómetros a través de las cloacas... a favor de la corriente. Pero cuando Tony estuviera a bordo conmigo —si todo iba bien—, el bote estaría sobrecargado y se volvería más lento. ¿Conseguiríamos, entonces, avanzar contra corriente hasta la estación depuradora?

«Mucho me temo que el hierático Chad no haya tenido en cuenta las dificultades del regreso», pensé.

Sin embargo, no podía desanimarme ahora y me dediqué a bogar con todas mis fuerzas a lo largo del camino subterráneo que llevaba a la prisión.

¡Extraña paradoja! Aquel lugar era lo que más odiaba en lo

profundo de mi corazón... A pesar de lo cual, yo volvía a la penitenciaría por mi propia voluntad.

Lo absurdo de mi situación me forzó a sonreír irónicamente. Evidentemente, nada hay más descabellado que la conducta humana.

De pronto, advertí un brillo metálico en el fondo del túnel... ¡La reja de gruesos barrotes de acero que había terminado con las esperanzas de tantos ilusos fuguistas...!

Dos minutos después, mi bote estaba firmemente atado a los barrotes, balanceándose a impulsos de la corriente. Di el aviso por radio y me concentré en la acción.

Fijé mi lámpara en la reja adecuadamente y saqué la sierra. La hoja de durísimo metal incrustada de widias atacó inmediatamente el acero.

Utilicé la máquina como me había enseñado Joe: cortando el metal en oblicuo y extrayendo una cuña metálica que permitiera después una menor fricción de la hoja cortante. En doce minutos exactamente había realizado cuatro cortes: una cruz de acero de cincuenta por cincuenta centímetros se desprendió bruscamente y desapareció en las hediondas aguas de la alcantarilla.

—Tengo libre el paso —dije a Chad—. ¿Debo avanzar?

—¡Aguarda! Sólo son las diez de la noche. Demasiado temprano, ¿comprendes? No es sensato que tengas que aguardar una hora dentro de la prisión. Espera ahí hasta las diez y media. Entonces habrá llegado el momento de alcanzar la lavandería —me indicó.

—Está bien, esperaré —respondí. Y corté la comunicación.

Dirigí el chorro de la linterna hacia adelante. El conducto subterráneo describía una pronunciada curva a la izquierda, por lo que me era imposible vislumbrar los desagües de las aguas residuales de la prisión.

Apagué la linterna, para ahorrarme pilas que podían ser de importancia vital en el regreso.

Era una espera tensa y desagradable. En las hediondas tinieblas, se oía el misterioso rumor de las aguas. Mi bote se balanceaba cadenciosamente... ¿qué ocurriría si volcaba en la oscuridad?

Ansiaba fumar un cigarrillo, beber un trago... Pero no tenía tabaco, ni disponía de una botella de coñac, miserable de mí.

Mi tensión iba en aumento. Finalmente, comprendí que me sería

imposible aguardar aquella media hora en la oscuridad y encendí la linterna.

«Lo más sensato sería llevar a cabo una exploración preliminar», pensé. Y me puse en marcha.

Abandoné el bote, con cuidado y caminé lentamente a lo largo del espigón de cemento. Y al alcanzar la pronunciada curva de la cloaca, el alma se me cayó a los pies: una nueva reja ¡doble!, impedía el avance.

Conecté el transmisor y desahugué a través de la radio mi rabia y mi frustración.

—Ten calma —me recomendó Chad con increíble frialdad—. Has hecho bien en emprender esa exploración. ¿Comprendes ahora la razón de que iniciáramos la operación con tiempo suficiente? Siempre pueden surgir imponderables como el de esa doble reja. Por fortuna, tenemos tiempo suficiente para que cortes esos barros: son las diez y doce minutos. ¡Pon manos a la obra y mantennos informados a cada momento!

Maldije a Chad entre dientes, tras cortar la comunicación. ¿Cómo podía yo trabajar con ambas manos ocupadas y al mismo tiempo informar a través de la radio...?

Volví apresuradamente hasta la primera reja y tomé del bote la sierra de metales y la bolsa de las pilas.

Los cortes de la segunda reja me llevaron esta vez quince minutos, pues la máquina comenzaba a calentarse. Comunicué con Chad y le dije que era preciso esperar unos minutos a que se enfriase.

Irritado y nervioso, atacué después la tercera reja. La sierra comenzó a agarrotarse y a cada dos minutos me veía obligado a cambiar las pilas para que la recalentada hoja volviera a atacar al metal.

Cuando al fin quedó abierto el boquete a través de aquel muro de acero, la sierra abrasaba mis manos.

Y lo que era peor: sólo me quedaban dos pilas intactas.

Lo que venía a significar que si Tony y yo nos veíamos obligados a enfrentarnos a cualquier inesperado incidente podríamos quedar atrapados en medio de las tinieblas en los inhóspitos pasadizos subterráneos.

CAPÍTULO X

El oficial Woscan no prestó atención a los alaridos de Tony Carson hasta mucho después de que el preso comenzase a quejarse.

Era lógico: la administración penitenciaria había abierto su dura mano aquel día y permitido que la cerveza y el vino corrieran abundantemente por las galerías de la prisión. Muchas botellas de *whisky*, coñac y ginebra habían pasado clandestinamente los controles de la prisión y los presidiarios reían, gritaban y cantaban en sus celdas, por lo que el volumen del jolgorio no permitió al principio oír con claridad los «ayes» de Tony Carson.

Por fin, el oficial Woscan, un hombre corpulento y pesado, apartó sus ojos de las atractivas páginas de una revista pornográfica y consultó los monitores del circuito cerrado de televisión.

La larga galería v aparecía desierta, en orden. Pero los gritos de dolor seguían resonando en los tímpanos de Woscan.

A regañadientes, el vigilante se puso en pie, aplastó el cigarrillo en el sucio cenicero, dio un largo trago a una botella mediada de champán y dirigió una oteada a Maxwell, su compañero en el turno de vigilancia en la galería v, el cual dormitaba en una de las camas del departamento.

Pulsó un botón del cuadro de control electrónico y vio cómo se descorría lentamente el alto rastrillo de acero que separaba la galería del centro de vigilancia.

Un momento después se detenía ante la celda de Tony Carson. El preso se retorció en su lecho y se quejaba intermitentemente.

—¡Eh, tú, Carson! —gritó el vigilante—. ¿Qué tripa se te ha roto?

El preso se incorporó un poco sobre el lecho.

—¡Mi... mi estómago! —balbució Carson—. ¡A... apenas puedo

soportar el dolor! ¡Por... por favor, ayúdame! ¡Me siento morir...!

Woscan se tomó el asunto con calma. Probablemente, aquel preso estaba borracho, como docenas de ellos. Quizá, incluso, hubiera quemado media docena de porros.

Pero advirtió que el semblante de Carson estaba pálido y demacrado, sus cabellos húmedos y alborotados, sus párpados hinchados y sus manos temblaban con exceso. Aquel hombre parecía seriamente enfermo.

Retrocedió y volvió al centro de vigilancia. Maxwell se había despertado y se alisaba los rubios cabellos con un gesto desmañado.

—¿Qué ocurre?

—Es Carson. Ese muchacho parece muy enfermo. Pero no me atrevo a penetrar en su celda. Ya sabes cómo son estos presos. A veces...

Maxwell se incorporó sobre el lecho, súbitamente despejado.

—Déjame a mí, yo iré a verle. Le llevaré a la enfermería, si juzgo que se encuentra verdaderamente enfermo. No te preocupes. Si me ves salir con Carson, ábrenos el rastrillo del patio de enfermería. Yo lo solucionaré todo.

Woscan suspiró.

Tanto mejor. En noches como aquélla, a Woscan no le gustaba mucho abandonar el cálido refugio del centro de vigilancia.

Así que se dejó caer ante el panel del control y vio a través del monitor cómo Maxwell avanzaba por la galería v y se detenía ante la celda de Tony Carson, cuya puerta acababa de descorrerse por iniciativa de Woscan.

Transcurrieron tres minutos.

Luego Maxwell y el preso aparecieron en la pantalla del monitor, caminando hacia el fondo de la galería.

Carson debía sentirse muy débil, porque a mitad del camino Maxwell se vio obligado a tomarlo por la cintura para evitar que se derrumbara.

Woscan permaneció atento hasta que las dos siluetas se acercaron al final de la galería, justamente allí donde una puerta blindada cerraba el acceso al patio de enfermería.

Luego oprimió el botón correspondiente y la puerta blindada se descorrió lentamente. Esperó hasta que Maxwell y el preso desaparecieron en la oscuridad del patio. Al cabo, Woscan dejó

escapar un suspiro, cerró la puerta de acero y volvió a sumergirse placenteramente en la contemplación de las páginas de su revista.

En aquel momento había olvidado ya por completo a Tony Carson y su dolencia gástrica.

* * *

El cerrojo de seguridad de la puerta de la lavandería se descorrió suavemente, como si acabaran de engrasarlo recientemente. Y con toda probabilidad era cierto.

A través de una rendija, eché una mirada llena de ansiedad al patio triangular que también daba acceso a la enfermería. Las lámparas de vapor de mercurio iluminaban aquel recinto con tanta claridad que, instintivamente, volví a cerrar la puerta y retrocedí un paso.

Aguardé un instante, ávido de percibir los sonidos que pudieran llegar a mis oídos. Pero todo estaba en silencio, en un silencio tan profundo que incluso permitía oír los latidos acelerados de mi propio corazón.

Un minuto después tiré de la puerta por segunda vez. El patio estaba desierto. La sólida puerta blindada que comunicaba con la galería v —en la que se alojaba Carson— estaba cerrada.

Asomé la cabeza, miré hacia arriba y vi la marquesina de hormigón que formaba un ancho porche sobre el edificio de la lavandería.

Por suerte para mí, las garitas de los centinelas del recinto exterior quedaban a mi espalda. Es decir: el propio edificio de la lavandería me hurtaba a las miradas de los centinelas. Ahora, pues, sólo debía evitar que me descubrieran los vigilantes del interior.

Tomé aliento. Me había desprovisto de las aletas natatorias y de las botellas de oxígeno. Mis pies, descalzos, estaban helados, pero eso carecía de importancia.

Abrí la puerta lo justo para que pasara mi cuerpo y tiré de ella, de forma que pareciera cerrada. Seguidamente me pegué al muro y avancé paso a paso hacia el recinto del grupo electrógeno.

Podía ver las ventanas de la enfermería, a través de cuyas cortinas se cernía una luz amarillenta que se mezclaba en el suelo con la luminosidad más blanca y clara de las altas lámparas de

mercurio.

En aquellos instantes me sentía como sobre ascuas, a pesar de que el pavimento estaba helado, pues era consciente de que en cualquier momento alguno de los funcionarios de la enfermería podía asomarse a una ventana y descubrirme.

Al fin, me detuve jadeante ante la estrecha puerta metálica de la unidad electrógena. Introduje silenciosamente la llave en la cerradura, la giré, empujé con precaución y me sumergí en la oscuridad del angosto recinto.

A la luz de mi linterna, observé durante unos segundos el poderoso motor diesel que movía un gran alternador. Tenía prevista mi actuación y puse manos a la obra rápidamente: bastaba con desconectar los inyectores y arrancar sus tubos. Dos minutos después mi acción de sabotaje estaba culminada.

El mecanismo automático a baterías que ponía en marcha el grupo al fallar el suministro de la red que terminaba en el transformador, de nada serviría ya, puesto que el potente motor diesel no funcionaría.

Conecté la radio, esperé a oír la señal de Chad y dije con voz sibilante:

—Ya está.

—Muy bien —respondió la monótona voz de Chad—. Ahora sólo tienes que esperar a que aparezcan Carson y el vigilante. Permanece atento.

Corté la comunicación y volví a la puerta, que entreabrí un par de centímetros. Mis ojos se clavaron en la puerta blindada de la galería v. Miraba con tal fijeza que a los pocos minutos los ojos me escocían y las lágrimas corrieron por mis mejillas.

Eran las once y cinco de la noche. Podía percibir el eco del lejano jolgorio de los presos en las más distantes galerías, pero la puerta de acero permanecía cerrada.

Comencé a impacientarme. Me hormigueaban las piernas y apenas sentía los pies, completamente helados.

A las once y diez comuniqué nuevamente con Chad.

—¡Esa maldita puerta no acaba de abrirse! —exclamé—. Estoy perdiendo la paciencia. ¿No habrá fallado algo ahí dentro, en la prisión?

—Calma, calma No existe tal fallo. Dentro de un momento...

—¡Espera! He oído un chirrido. ¡La puerta se está descorriendo!

—Domina tus nervios. Mantente ahí, sereno. ¿Qué está ocurriendo?

—Dos personas acaban de aparecer. Una de ellas es un funcionario. La otra... creo que se trata de Carson, en efecto. Pero apenas puede tenerse en pie —susurré.

—Está disimulando, claro está. Y ahora ¡atención! —clamó Chad, súbitamente excitado.

Mis músculos se tensaron. Mi mano derecha apretaba férreamente la pistola y mi izquierda sujetaba la linterna.

De pronto, me asaltó el temor repentino de que todo fallara. El funcionario acabaría por llevar a Carson a la enfermería, a la brillante luz de los focos, y yo me quedaría allí como un pasmarote, incapaz de reaccionar en el recinto de la unidad electrógena.

Y en aquel momento se apagaron todas las luces y las tinieblas envolvieron la penitenciaría.

Me pilló tan de improviso que fui incapaz de reaccionar con la necesaria rapidez. Al cabo, tiré brutalmente de la puerta y me zambullí en la oscuridad.

Corría ciegamente, guiándome por aproximación, expuesto a chocar contra un muro y romperme la cabeza.

Y entonces escuché las voces del funcionario que custodiaba a mi amigo, muy próximas.

—¡Quieto ahí, no te muevas, Carson! ¡La planta electrogeneradora entrará en funcionamiento en seguida! No hagas ninguna tontería.

Los tenía allí, a dos metros de distancia. Avancé despacio, encendí un instante mi linterna y... golpeé de un furioso culatazo el cráneo del vigilante de prisiones.

El hombre cayó al suelo como una piedra en el momento en que yo palpaba a Carson y le aferraba por un brazo.

—No grites, Tony —susurré Soy yo, Doug Walker. ¡Y vamos a sacarte de aquí!

Le arrastré a empellones, pues, sorprendentemente, Tony se resistía a dejarse llevar. En realidad, más que ayudarle a caminar en las tinieblas, tuve que llevarle literalmente en volandas.

Ahora llegaron hasta mí los gritos de los centinelas, que se comunicaban muy excitados los unos con los otros. Más lejano

llegaba el bullicio de los presos, sorprendidos —imagino— por el brusco e inesperado apagón.

De pronto, se oyó el estruendo de una ráfaga de disparos de ametralladora. Asustado, me detuve un momento. Pero en seguida continué arrastrando a Carson hacia la lavandería al comprobar que los disparos no iban con nosotros. Lo más probable era que alguno de los centinelas se hubiera dejado llevar por los nervios.

Penetramos atropelladamente en la lavandería, apoyé a Tony sobre el muro y corrí el cerrojo interior de seguridad. Encendí la linterna y escruté las facciones de Tony.

Me asusté. Aquel hombre estaba enfermo. Enfermo de verdad.

—¿Qué te pasa, qué te ha ocurrido? ¡Por lo que más quieras, Tony, no finjas conmigo! ¡Tenemos que escapar de aquí!

No me contestó. Acababa de inclinarse bruscamente hacia adelante y vomitaba.

Conecté la radio y grité sin poder contenerme:

—¡Tengo a Tony conmigo, pero está enfermo de verdad! ¡Apenas puede sostenerse en pie y acaba de vomitar algo de un color negruzco!

—No te preocupes mucho. Probablemente Tony ha bebido con exceso y eso es todo. Enhorabuena, Doug. ¡Lo hemos conseguido! Ahora, sal de ahí con Tony en seguida. Si es necesario, cárgatelo al hombro. ¡Date prisa! —respondió Chad, impaciente.

Esperé a que Tony se repusiera un poco y le arrastré hasta la tapa de alcantarilla del acceso a la cloaca.

Ya delante del agujero, le obligué a introducir las piernas en el hueco y le descolgué. Yo le seguí inmediatamente, sin soltarle en un solo instante.

Abajo, le sostuve contra el muro y examiné su rostro con atención.

—Vamos, Tony. Pero ¿qué es lo que te ocurre? —exclamé, desconcertado—. He expuesto mi vida por sacarte de aquí y tú... ¡Tú no pareces demostrar el menor interés!

Sus ojos vagaron como enloquecidos a su alrededor. Y le oí murmurar torpemente:

—Estúpido... No... Yo no quería... huir.

Me quedé de una pieza.

—Has bebido demasiado, eso es todo —murmuré, irritado—.

Pero te guste o te disguste te sacaré de aquí.

Introduje la pistola bajo mi cinturón y me incliné para cargármelo a la espalda. Algo se estrelló contra mi nuca con la suficiente contundencia como para hacerme trastabillar. No sé cómo ocurrió, pero de pronto me vi en el suelo.

Alcé la mirada y vi a Tony. Se había apoderado de mi pistola, que sostenía con ambas manos, y apuntaba a mi cabeza con las facciones contraídas por la ira.

—¡Cerdo! —murmuró entre dientes—. Tú también me has traicionado...

Vi cómo su dedo índice se plegaba sobre el gatillo y comprendí que iba a disparar. Mi estupor fue tan intenso que fui incapaz de reaccionar antes de que restallase el disparo, que resonó extrañamente en la galería subterránea.

CAPÍTULO XI

La bala golpeó en el espigón y arrancó esquirlas de hormigón que me hirieron superficialmente el cuello.

Tony acababa de fallar el disparo por milímetros. Y se disponía a disparar de nuevo.

Hice a la desesperada lo que me dictaba mi instinto: dejarme caer de costado a las hediondas aguas que vomitaban los desagües de la prisión en la cloaca.

A ciegas y conteniendo las náuseas, me mantuve bajo la sucia corriente durante casi un minuto. Cuando el oxígeno se agotó en mis pulmones, di un salto y emergí.

Tony se había desplazado sobre el espigón y me buscaba en el agua. Sin pensarlo, salté hacia él, le aferré por los tobillos y le atraje hacia mí, zambulléndole en la cloaca. Le mantuve treinta segundos con la cabeza bajo el agua y le elevé. Un golpe en la mandíbula aflojó sus músculos y dejó sus ojos en blanco.

Le saqué del agua, recogí la linterna y el transmisor y me lo cargué a la espalda. Me costó mucho trabajo pasar aquel cuerpo exánime a través de los reducidos huecos abiertos en las tres rejas, pero al fin llegué hasta el bote y le dejé en él.

Arrojé al agua la sierra de metales y empuñé el remo. Desaté el bote y dejé que la corriente le empujara lejos de la prisión.

En aquel momento, escuché el pitido de la radio, colgada de mi cuello.

—¿Qué diablos ocurre, Doug? —chillaba Chad—. ¡Llevo cinco minutos llamándote sin obtener respuesta!

—Calma, calma —respondí, imitando su tono—. Ha surgido un pequeño incidente, relacionado con Carson, pero ya está solucionado. Acabamos de emprender el retorno.

—¡Magnífico! —Por fin Chad se mostraba más expresivo que de costumbre—. Apresúrate ahora, Doug. Si te ves en apuros, pídemle ayuda. Si es necesario, bajaremos a echarte una mano.

—No creo que sea necesario, aunque el viaje de retorno durará más que el de ida, ya que tendré que remar contra corriente. No os alarméis si tardo un poco en salir.

—Está bien, pero date prisa. ¡Hay que alejar a Tony de la prisión cuanto antes!

—Tranquilo, todo va bien. Dentro de media hora o tres cuartos podréis ver a Tony —respondí. Y corté la comunicación.

Seguidamente, descolgué el transmisor de mi cuello, extraje seis pilas y arrojé el aparato al agua: no pensaba mantener nuevas comunicaciones con Chad.

En aquel momento, mi mente se debatía en un mar de dudas. Tony había pronunciado literalmente: «Yo no quería huir». ¿Cómo se entendía esto? ¿No estaba Carson de acuerdo con el equipo que trataba de liberarle?

Ahora, yo no estaba muy seguro. Lo principal, lo que todos queríamos —en apariencia— era sacar a Tony de la prisión. Pues bien: eso era justamente lo que yo me proponía hacer, aunque alterando ligeramente los planes de Chad y compañía.

Al llegar a la confluencia, hice girar el bote a la derecha, a favor de la corriente, en lugar de remontarla. Ahora, el bote se dirigía hacia el desagüe en el río Galesdown.

La luz de mi linterna, cuyas pilas había cambiado ya dos veces, era tan mortecina que apenas bastaba para iluminar el cuerpo inanimado de Tony Carson. Utilicé las pilas de la radio y deseé fervorosamente llegar al río antes de que la última carga se agotase.

Veinte minutos más tarde noté que el aire era más fresco y puro, señal de que el río estaba próximo.

En efecto: tras doblar un amplio recodo del colector, la corriente se hizo aún más viva y una ligera brisa acarició mi rostro sudoroso.

Comencé a preocuparme tras comprobar que Tony seguía sin sentido, con sus facciones tan pálidas como la cera. Abofeté suavemente sus mejillas, pero no logré hacerle reaccionar.

Me sentí aterrado. Evidentemente, Tony se sentía muy mal cuando le arrastré hasta la cloaca. ¿Podía haber sufrido un fallo cardíaco cuando le sumergí en las sucias aguas?

A la desesperada, puse el visor de mi equipo de buceador ante sus labios descoloridos. ¡El cristal se empañó ligeramente! Estaba vivo.

Bruscamente, el bote dio un salto y me vi navegando sobre un rabión, fuera ya del colector.

El Galesdown River venía muy crecido y en su confluencia con la cloaca se formaba una turbulencia peligrosa. Paleé con vigor, procurando apartar el bote de los remolinos y lo dirigí hacia la orilla.

Mi linterna alumbraba muy poco en el exterior; aunque lo suficiente para vislumbrar la ancha y oscura corriente del río.

¿Qué podía hacer? Si nos ocultábamos en las boscosas márgenes del río Galesdown, acabarían descubriéndonos. En la prisión disponían de una potente emisora de radio para casos de emergencia, por lo que era seguro que la alarma habría sido dada ya a través de las ondas.

Si habían descubierto al funcionario herido a culatazos, el jefe de servicios supondría que se había producido una fuga y, en consecuencia, la policía de los condados vecinos comenzaría a desplegarse inmediatamente.

Me decidí rápidamente, a la desesperada. Bogueé con fuerza y dirigí el bote hacia el centro del río, donde suponía que se producirían menos remolinos y turbulencias. Y una vez allí, puse el remo junto a Tony y me abracé a él, de forma que la pequeña embarcación guardase mejor el equilibrio.

Mi cerebro trabajaba a toda presión. ¿Qué posibilidades tenía yo de poner a salvo a mi amigo?

—Bolth River, a unos diez kilómetros aguas abajo —recordé.

Encendí brevemente la linterna para consultar el cronómetro que Chad me había entregado: eran las doce menos cuarto de la noche.

A aquella hora, centenares de millones de seres humanos se aprestarían a despedir el año con uvas y champán, isas y parabienes. Ironías de la vida: Carson y yo nos encontrábamos en el centro de una corriente tumultuosa, ateridos de frío y expuestos a morir ahogados en la oscuridad.

Que todos estuvieran divirtiéndose aquella noche, nos convenía. Tanto mejor, puesto que los servicios de búsqueda de la policía

tardarían mucho más en organizarse.

¿Cuánto tardaríamos en llegar a Bolth River? ¿Treinta minutos, quizá una hora? Quizá Tony muriese antes de que alguien se decidiese a prestarnos ayuda.

—Has sido un loco, un suicida —me apostrofé a mí mismo—. No sólo estás exponiendo estúpidamente tu vida, sino también la de Tony.

En aquel instante, mi amigo se rebulló bajo mí. Palpé su rostro. Sus párpados estaban abiertos y respiraba con fuerza. Un momento después, sus manos me aferraban violentamente.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

Me costó trabajo mantenerle aplastado sobre el fondo del bote.

—¡No te muevas, por lo que más quieras! —susurré a su oído—. Estamos en medio de la fuerte corriente del Galesdown River y cualquier movimiento brusco puede hacer zozobrar este bote. Te lo ruego, Tony: domínate. Te prometo que haré por ti todo lo que pueda.

Un gruñido que más parecía llanto brotó de su garganta.

—¡Idiota! —exclamó, furioso—. ¡Lo has echado todo a perder! Tantos años de sufrimientos, aguardando mi revancha y llegas tú, Walker, hijo de perra, y lo echas todo a rodar.

—Pero ¿qué dices? Tus amigos me convencieron para que me metiera de cabeza en este asunto de locos. ¡Y encima me acusas! ¿Es que no estabas de acuerdo con ellos, con Rubi, con Chad, con Joe? —grité para imponerme al rumor estrepitoso de la vorágine.

—No he oído jamás esos nombres, no conozco a nadie —respondió Carson, roncamente—. Doug, cabeza de hierro, has caído en una trampa estúpida. Este complot lo han urdido ellos para arrancarme mi secreto y después asesinarme.

Me tranquilicé. Lo que estaba diciendo Tony me perturbaba íntimamente, pero al menos podía comprobar que su estado de salud no era tan lamentable como había temido.

Al cabo de unos minutos y mientras el bote saltaba sobre los rabiones del río con bamboleantes saltos, Tony dijo:

—Tienes que contármelo todo, Doug.

Se lo expliqué, como mejor supe. Tony me escuchó con profunda atención y sólo cuando yo callé se decidió a hablar.

—Te mintieron, te engañaron, maldito zopenco. Yo no tengo

amigos fuera de la prisión, excepto tú quizá. ¡Y mira lo que has hecho!

Sentí ganas de aplastarle la cara de un puñetazo, pero me contuve.

Y él añadió:

—Se aprovecharon de tu buena fe. Aunque no puedo reprochártelo: quizá yo, en las mismas circunstancias, hubiera caído en los mismos errores.

—¡No entiendo una maldita palabra! —bramé, colérico.

Era una situación absurda, irreal. Allí estábamos nosotros dos, en medio del embravecido Galesdown River, expuestos a morir en cualquier momento... Y, sin embargo, discutiendo tan tranquilamente como si nos hallásemos cómodamente instalados en la terraza del Belvedere Club of Masters.

Tony iba a decir algo, pero le dio un violento acceso de tos que le impidió articular una sola palabra.

Encendí la linterna para tratar de ayudarle y a la luz amarillenta advertí que estaba nevando copiosamente.

—Con... suerte —farfulló Tony, entre tos y tos—, si no morimos ahogados, moriremos congelados.

Tenía razón, pues una capa de tres dedos de nieve nos cubría ya.

Comencé a maldecir a gritos. Y de pronto enmudecí: a menos de un kilómetro de distancia brillaban esplendentes las luces de la población de Bolth River.

—Calla —dije a Carson—. Tal vez no haya llegado aún nuestra última hora.

Diez minutos después el bote se acercaba a la orilla. Salté a tierra, sujeté el cabo y ayudé a Tony a saltar a la orilla.

—Quítate ese uniforme y ponte esto —le indiqué, ofreciéndole el traje de caucho.

—¡Estás loco! ¿Hasta dónde crees tú que llegaremos vestidos de esta facha? —protestó, violento.

—¿Hasta dónde crees que llegarás tú vestido de presidiario, maldito badulaque? —respondí, abrupto.

Calló como un muerto y aceptó introducirse en el ajustado traje de buceador. Al menos él contaba con sus botas carcelarias. Yo, por el contrario, me vería obligado a caminar descalzo sobre la nieve, que seguía cayendo silenciosamente sobre las riberas del

Galesdown.

—¿Qué tal te sientes? —le pregunté, al cabo.

—Mejor —respondió—. Este traje de caucho protege mejor del frío que las miserables ropas de la prisión.

Solté el cabo que sujetaba el bote neumático y lo empujé con el pie hasta que la corriente se lo llevó.

—No lograrán encontrarnos, si aguantamos en pie —dije, con coraje—. La nieve borrará rápidamente nuestras huellas.

Tomé a Tony por un brazo y lo impulsé hacia adelante.

—¿Adónde vamos? —Gruñó.

—Hacia las luces —respondí, furioso—. Donde hay luces, hay casas y en las casas hay gentes. La gente suele usar automóviles, ¿comprendes? Si conseguimos uno, puedes apostar que no te pondrán las manos encima.

—¿Me pondrán? ¿Es que esperas escapar libre de esto? ¡Has ayudado a fugarse a un preso peligroso! —protestó airado.

Reí sin ganas.

—Sí, pero la policía no lo sabe, ¿entiendes? Y a quien buscarán es a ti —respondí, impaciente.

Quince minutos después avanzábamos por las desiertas calles de Bolth River, atraídos por un lejano rumor melodioso. Habíamos intentado apoderarnos de un automóvil, pero todos los que habíamos encontrado hasta entonces estaban herméticamente cerrados.

Al torcer una esquina, contemplamos asombrados las rutilantes luces de un club nocturno. El Midday Eden, según los guiños de los fluorescentes. Unos cuarenta magníficos automóviles ocupaban el aparcamiento. Del interior del local fluían las sincopadas y alegres notas de un mambo.

Estábamos registrando ávidamente los coches, cuando el fulgor de unos faros nos obligó a escondernos apresuradamente detrás de uno de los vehículos aparcados.

Vi llegar un flamante Buick azul, del que se apeó vacilante un caballero elegantemente vestido de esmoquin. Era un individuo de unos cuarenta años que debía estar muy borracho y que, apoyado en la portezuela del coche, trataba inútilmente de encender un cigarrillo.

Al fin, desesperado, el hombre del esmoquin arrojó al suelo el

encendedor y sacó una petaca de plata del bolsillo, que se llevó alegremente a los labios.

Ni siquiera llegó a probar el primer sorbo, porque el golpe que le asesté con ambos puños en la nuca dio con él en el suelo pesadamente.

Tony llegó hasta nosotros en una carrera, cuando yo introducía al desvanecido borrachín en el asiento trasero de su propio coche.

Las llaves del encendido estaban en su sitio y el motor en marcha. Metí la marcha atrás, aceleré, cambié de velocidad y nos alejamos calle adelante. Poco más allá, frené en un lugar discreto y dije a Tony:

—¡Desnúdale!

—¿Es que vamos a robarle? —protestó.

—Te has vuelto muy remilgado —le grité—. ¡Vamos, desnúdale! Sólo me interesa su traje.

También me interesaba el excelente gabán gris que reposaba en el respaldo del asiento trasero.

Cinco minutos después, el esmoquin había pasado a mi poder. Ni siquiera me desprendí del traje de caucho: no podíamos permitirnos perder un solo minuto. Los zapatos del alegre caballero del Buick azul me venían un poco estrechos, pero ¿qué más podía pedir un pobre tipo como yo?

Dije a Tony que se pusiera el gabán sobre su traje de buceador y obedeció sin rechistar. Después introdujimos la cartera de aquel desconocido bajo su camiseta de felpa y le dejamos abandonado en una cabina de teléfonos. Probablemente no tardarían demasiado en encontrarle. En cualquier caso, no volvimos a preocuparnos de él aquella noche.

El depósito de combustible estaba casi lleno y esto me permitía escoger una ruta cómoda y segura.

Conduciendo a velocidad moderada, abandonamos Bolth River y avanzamos hacia el sur. Describiendo una gran curva, a las tres de la madrugada estábamos en Ballington.

Cuando golpeé con fuerza el portalón metálico del taller de Bull Wellard, unos furiosos ladridos sonaron en el interior.

Tony se retiró prudentemente hacia el coche, pero yo seguí aporreando tercamente la puerta hasta que por fin vi brillar una luz a través de las altas ventanas de la nave.

Luego resonaron unos pasos cautelosos. Evidentemente, Bull tomaría algunas precauciones antes de abrirnos aquella puerta. Temiendo que pudiera disparar contra nosotros antes de reconocernos, grité:

—¡Abre, Bull! ¡Soy yo: Doug Walker!

La puerta se abrió con un chirrido y Wellard me dirigió una larga e inquisitiva recalada, mientras mantenía sujeto por el collar a un magnífico perro doberman.

Y luego, de improviso, rompió a reír a carcajadas.

CAPÍTULO XII

Cuando terminó de reír, advertí que mi amigo había bebido más de la cuenta. Sin embargo, nos dejó pasar y nos condujo a su vivienda, situada en un increíble galpón, al otro lado de un gran corral ocupado por grandes montones de chatarra y vehículos a medio desguazar.

Sin hacer preguntas, Wellard abrió la puerta de su frigorífico y permitió que engullésemos apresuradamente cuanto nos apeteció. Luego abrió una botella de *whisky*, bebió a morro y nos invitó a beber.

—Sospecho que te has metido en una buena... —pronunció, contemplándome de hito en hito.

Asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer? No era justo engañar a un hombre tan leal como Bull Wellard.

Ya me disponía a darle una explicación, cuando agitó furiosamente una mano ante mi rostro y dijo con voz estrepitosa:

—Está bien, no tengo por qué hacerte preguntas. Eres demasiado mayor para ignorar lo que haces. ¡Bebamos! Acabamos de estrenar un nuevo año.

Bebimos. Los troncos ardían alegremente en la chimenea y Tony había recobrado el color. Apenas había comido unos fiambres, un poco de queso, unos langostinos casi helados y un trocito de pan, pero el vino que había regado nuestra cena le había animado un poco.

Bull estaba tan borracho que se cayó, cuando se disponía a abrir una botella de champán. Después de que le ayudáramos a recobrar la posición vertical, farfulló:

—Quedaos vosotros, estáis en vuestra casa y todo lo que hay aquí es vuestro. Yo voy a acostarme. Por fortuna, mañana es

fiesta... ¡Mi madre, qué tajada! Está bien, muchachos: arriba hay unos camastros. Acostaos cuando os apetezca o... ¡hip!, cuando ya no podáis sosteneros en pie ¡hip!, como yo. ¡Buenas noches! Es decir...

Le llevé a la cama, le ayudé a desnudarse y le arropé. Un minuto después se dejaban oír sus estruendosos ronquidos.

Cuando volví junto a Tony, éste me miró con extraña insistencia.

—Es curioso —dijo.

—¿Qué es lo curioso?

—Siempre te consideré un lobo solitario, un tipo despegado, taciturno, incapaz de cultivar grandes amistades. Sin embargo, está claro que Wellard siente por ti auténtica amistad.

—No puedo quejarme. Es un buen amigo.

—El sospecha que te has metido en un buen lío. Y sin embargo no ha dudado ni un momento en ofrecernos hospitalidad a ambos.

—Bien. ¿Qué tiene eso de extraño? Los amigos hacen cosas de ésas —repuse.

No quería hablar más de aquello, de modo que abrí la botella de champán que Bull había dejado en una mesa y serví dos copas, una de las cuales puse en la mano de Tony.

—Porque el nuevo año sea mejor que el que acaba de terminar —brindé, sin la menor alegría.

—Ojalá sea así, amigo —respondió Tony, sombrío.

Bebimos en silencio, sentados junto a la lumbre. Eran casi las cuatro de la madrugada y yo estaba físicamente derrengado. Sin embargo, no tenía sueño. Tony, al parecer, tampoco.

—Ya que la cama no parece atraernos mucho por el momento, podríamos charlar, Tony —insinué.

—Charlemos —respondió, contemplando fijamente el cabrilleo de las llamas.

—Bien. Quizá un tipo como yo se merezca una amplia explicación de los problemas que te atañen —pronuncié reposadamente—. Te advierto que no tienes que decirme nada sobre esa enorme cantidad de dinero que, según las habladurías, tienes escondida en alguna parte. A mí, tu dinero no me interesa. Por otra parte, si lo que deseas es volver a la prisión, puedes hacerlo mañana mismo. Bastará con que cojas un taxi y te presentes allí. Incluso, con un poco de voluntad por tu parte, podrías dejarme

fuera del asunto: yo no tengo el menor interés en volver a Hoganville.

Rió sin ganas. Tomó un cigarrillo del paquete de Bull y lo encendió.

—No digas tonterías —estalló—. Ya sé que obraste de buena fe, aunque al principio creí que estabas de acuerdo con ellos. Estuve a punto de matarte y tú... Bueno, me has traído hasta aquí sano y salvo.

Vaciló un momento, dio un sorbo a su copa de champán y volvió a mirarme. Bull roncaba fragorosamente en su dormitorio.

—Pienso decírtelo todo. Incluso lo del dinero —declaró. Y añadió—: Mucho dinero, Doug.

—¿Cuánto?

—Dieciocho millones de dólares.

La copa que me llevaba a los labios se escurrió de entre mis dedos y se hizo añicos contra el pavimento.

—¿Cuánto has dicho? —clamé, estupefacto.

—Has oído bien: dieciocho millones de dólares —respondió Carson con toda la tranquilidad del mundo.

Aparté los cristales rotos con el pie y fui a buscar una nueva copa a la estantería. Después de llenarla, volví a sentarme y miré a Tony con admiración.

—Pero... ¡no es posible! Tú y otros dos jóvenes asaltasteis un furgón blindado de la Marton Security Group, pero los dos millones del transporte fueron recuperados pocas horas después —expuse.

Una sonrisa ladina distendió los labios de Tony Carson.

—Es que... el furgón no transportaba dos millones, sino veinte —respondió.

—Y la policía se cruzó de brazos al comprobar que faltaban dieciocho millones —exclamé, irónico—. Vamos, Tony: no te burles de este viejo amigo.

—Será mejor que empecemos por el principio, Doug. En Ballington, viven dos personajes muy famosos. Uno de ellos se llama Zane Maninway y el otro Hugh Blakener...

Me impacienté.

—Los conozco. El capitán de la policía Maninway y el teniente Blakener. Sobre todo, conozco a Blakener. Yo estuve a punto de matar a golpes a un policía llamado Ravage, que se metió con mi

novia, y Blakener estuvo a punto de hacer otro tanto conmigo en la comisaría. Un buen tipo, Blakener. Me gustaría devolverle los golpes que me dio hace cinco años —rezongué, rencoroso.

—Tal vez muy pronto puedas tomarte la revancha —afirmó Tony, enigmático—. Pero será mejor que me dejes hablar.

—Adelante.

—Bien. En Ballington, sin embargo, hay gente más importante que Maninway y Blakener. Por ejemplo, Clive Harleigh, el gerente de la sucursal del Federal Reserve Bank en esta ciudad. O Dick Martoon, nuestro pomposo alcalde y propietario de la empresa Martoon Security Group...

—¿Y qué tienes que ver tú con toda esa gente? —pregunté, desorientado.

—Lo comprenderás en seguida. Clive Harleigh es un hombre muy prestigioso, sobre el que recae una gran responsabilidad: él es el encargado de inutilizar y destruir los billetes de banco que el Federal Bank decide retirar del mercado por diversas causas, aunque casi siempre se inutilicen los que tienen marcas, están deteriorados o parcialmente mutilados.

—Eso es muy interesante. Pero sigue.

—Harleigh es un hombre muy ambicioso. Un día sintió la tentación de enriquecerse rápidamente. Y se decidió el día que comprendió que le bastaría con olvidar todos sus escrúpulos para conseguir convertirse en un potentado.

—¿Quizá distrayendo los billetes que debían ser incinerados?

—¡Justamente! Al fin y al cabo, todo dependía de sobornar a un par de empleados: los encargados de hacer desaparecer físicamente el dinero en un quemador de basuras. A los dos empleados podía comprarlos fácilmente, por una pequeña parte del dinero defraudado al Estado —explicó Carson.

—Pero aún no consigo comprender qué pintabas tú en ese chanchullo...

—El negocio que Harleigh abarcaba era demasiado grande y comenzó a írsele de las manos. Necesitaba trasladar a la Costa Oeste las enormes cantidades de billetes defraudados y para eso necesitaba a un amigo de confianza.

—Dick Martoon.

—Claro. Martoon se olió el chanchullo antes de que Harleigh

recurriera a él: había sonsacado a los guardas jurados de una empresa rival contratada por Harleigh y sabía lo que éste se traía entre manos. Debió hacerle alguna insinuación al gerente del banco, pero lo cierto es que terminaron siendo socios, en cierto modo. Imagino que mucho antes de que nosotros atracásemos el furgón de la Martoon, Harleigh había distraído algunos millones de dólares en billetes a destruir.

—Pero el capitán Maninway y el teniente Blakener...

—Se incorporaron casualmente al grupo cuando unos mozalbetes intentaron atracar un furgón de la Martoon. Blakener se hizo cargo de los muchachos e inspeccionó el furgón. Halló una notable diferencia entre la cantidad que figuraba en la guía de transporte y la que verdaderamente había en el furgón: había mucho más dinero del que se consignaba en los documentos. Blakener se olió algo raro y habló reservadamente con Martoon, el cual terminó confesando el chanchullo. Inmediatamente, Harleigh se entrevistó con el capitán Maninway y le explicó la verdad: podían recibir un buen puñado de dinero si hacían la vista gorda. Claro es que a partir de entonces ni Harleigh ni Martoon consiguieron librarse de los policías, que querían participar en todos los enjuagues. Sin embargo, no creo que el teniente Blakener recibiera una gran tajada...

—¿Por qué? —indagué.

—Porque pretendió quedarse con la mayor parte. Fue cuando recurrió a mí y a mis «colegas», Dick Oldfield y Matt Heath. Cuando murió mi padre, Cherry y yo quedamos desamparados. Mi madre, que era alcohólica, había muerto dos años antes de una cirrosis y Cherry y yo crecimos a nuestro aire, sin ser sometidos a ninguna disciplina familiar. Yo me junté con Heath y con Oldfield, chicos tan rebeldes y relajados como yo, y comenzamos a dar pequeños golpes en tiendas y gasolineras. Precisamente habíamos tratado de atracar, sin éxito, una estación de servicio, cuando Blakener nos detuvo. Cuando creíamos que nos iba a llevar a comisaría, nos condujo en su coche a la finquita que tiene en Green Mesa.

—Y os propuso que trabajaseis para él.

—Nos dijo que podíamos ganar mucho dinero. A mí, personalmente, me confió que la Martoon iba a realizar próximamente un traslado de una verdadera fortuna en billetes a

algún lugar de California. Me dijo que en la guía se consignarían dos millones de dólares, pero que el transporte real ascendería a veinte. Dos millones en unas bolsas de color azulado, que él personalmente debería recuperar, y dieciocho en sacos de color *beige*, que deberíamos esconder en un lugar que él mismo me señaló. Después, cuando pasaran unas semanas, haríamos el reparto: Blakener se quedaría con la mitad y el resto, nueve millones, sería para nosotros.

Lo que Tony me contaba me parecía sencillamente fabuloso, por increíble. Pero él siguió dándome explicaciones detalladas.

—Yo desconfié de Blakener desde el principio. Si tú le conoces, comprenderás que no es el tipo de persona en que un hombre inteligente podría confiar. Pero él nos «aflojó» diez mil dólares como si tal cosa y juró que nos íbamos a enriquecer con él si seguíamos sus instrucciones.

Blakener pretendía que los tres jóvenes atracaran el furgón blindado a unos cien kilómetros de Ballington. El conductor y los dos guardas jurados de la Martoon estaban sobornados y no ofrecerían resistencias.

—Compró un viejo camión, en el que deberíamos transportar dieciocho millones hasta el pantano de Comanche Wells. Es un lugar solitario. Nos sería muy fácil despeñar el camión con su carga en un lugar profundo, de donde nosotros recuperaríamos el dinero una vez pasado cierto tiempo —declaró Tony.

—Pero algo debió torcerse, puesto que tú mismo te viste obligado a matar a un policía —intervine.

—Yo no maté al agente Tryon: fue el teniente Blakener. Acribilló a Tryon por la espalda —afirmó Tony.

—Pero todo eso es incomprensible, muchacho —protesté.

—Después del asalto, los policías de un auto patrulla nos alcanzaron en la carretera, cuando volvíamos a Ballington en un «jeep». No había ninguna prueba en contra nuestra, puesto que en todo momento habíamos llevado máscaras durante el atraco, pero el estúpido de Matt Heath se había llenado los bolsillos de billetes, a escondidas, y los patrulleros le registraron y le encontraron el dinero. Matt se desfondó y dijo la verdad al agente Tryon, mientras el otro policía nos cacheaba a Oldfield y a mí. Y en ese momento llegó otro auto móvil. Era Blakener.

Según Tony, Blakener comenzó a disparar como un loco contra Matt Heath en cuanto escuchó una parte de su confesión.

—Se produjo una confusión tremenda, pues Oldfield y yo nos lanzamos al suelo, seguros de que Blakener nos acribillaría también. Oldfield se quedó en el arcén, pero yo me lancé de un salto a la cuneta, poblada de Matorrales. Y eso fue lo que me salvó.

Por fortuna, en aquel momento llegó un autocar de la Greyhound, cuyo conductor frenó en mitad de la carretera, temeroso de que los disparos alcanzaran a los pasajeros.

—Blakener se volvió histérico. Chillaba y chillaba, asegurando que yo había matado al agente Tryon. Como suponía que Blakener no iba a cometer la insensatez de disparar contra mí ante tantos testigos, volví a la carretera con las manos en alto. Blakener registró la cuneta y «encontró» el revólver con el que juró y perjuró que yo había matado a un policía.

Los pasajeros del autocar estuvieron a punto de linchar a Tony Carson, excitados por los gritos del teniente Blakener.

—El teniente se cruzó de brazos, pero el otro policía me defendió eficazmente, aunque hubo un momento en qué temí que los golpes acabaran conmigo. Luego, Blakener no se atrevió a hacer nada contra mí. Fue inútil que negara haber matado a Tryon: el testimonio del teniente era más creíble que el de un atracador. Fui procesado y condenado, como ya sabes. Blakener había tratado de deshacerse violentamente de nosotros, después de que robáramos dieciocho millones, pues Oldfield también resultó muerto. Sin embargo, no se salió con la suya.

—¿Qué quieres decir?

—Que jamás pudo recuperar aquel dinero. Mi desconfianza se demostró justificada. Y yo había tomado mis precauciones.

—Así que no llevaste el viejo camión con el dinero al pantano de Comanche Wells —comenté, admirado.

Tony sonrió ladinamente.

—Bueno, en realidad no llegamos a utilizar el camión que Blakener puso a nuestra disposición, puesto que yo no me fiaba de él. Con los diez mil dólares que nos entregó Blakener, compré un furgón de ocasión, que fue el vehículo que utilizamos para transportar el dinero defraudado al Estado.

—Así, condenado granuja, que se la jugaste al teniente Blakener

—dije.

—Nunca podré olvidar su expresión avariciosa cuando disparó a sangre fría sobre Matt y el agente Tryon. A éste lo mató porque Matt estaba confesando la verdad. A nosotros intentó eliminarnos porque ya creía seguros sus dieciocho millones de dólares en el fondo del pantano. Tampoco puedo olvidar que por su causa he pasado largos años de encierro en el infierno de Hoganville...

—Pero ¿y el dinero? —me atreví a preguntar, más por curiosidad que por codicia.

—Blakener debió buscarlo locamente en Comanche Wells, pero no lo halló y en seguida volvió a mí, sonriendo como una serpiente y prometiendo que me sacaría de la cárcel aunque tuvieran que expulsarle de la policía. Sólo quería saber dónde estaba el dinero, pero mis «colegas» no podían decírselo, puesto que él mismo los había asesinado. Y yo sabía que mi vida dependía de mi silencio. Y callé, a pesar de todo. Por otra parte, él no me podía acusar oficialmente, puesto que el furgón, según la documentación, sólo transportaba dos millones, y esa cantidad había sido recuperada. De modo que...

De repente se irguió.

—Ahora, más que por mí, temo por Cherry. Mi hermana es demasiado joven e inexperta. Blakener debe saber ya que he huido de Hoganville...

—En realidad, ¿no fue él precisamente quien organizó tu fuga? —planteé.

—No sé si fue él o el dúo formado por Harleigh y Martoon. O quizá todos, de común acuerdo. Pero Blakener sabe que Cherry es lo más importante para mí. Y tratará de presionarme en tal sentido. Es capaz de secuestrar a mi hermana, incluso asesinarla si no accedo a confesar dónde está escondido el dinero.

Se puso en pie bruscamente.

—Doug, tengo que hacer algo antes de que sea demasiado tarde. Quiero recuperar a mi hermana, antes de que Blakener...

—Tú no estás en condiciones de echarte a la calle —le detuve—. Aquí estás seguro, mientras te conduzcas con prudencia. Yo te traeré a Cherry.

Obligado por la fuerza, se dejó caer en su sillón.

—Está bien —suspiró—. Cherry ocupa un apartamento en

Woodhouse Street. Es el número 21, piso cuarto.

Encendió nerviosamente un cigarrillo y me suplicó:

—Por lo que más quieras, Doug: tráela aquí antes de que la encuentre Blakener.

CAPÍTULO XIII

Una puerta se abrió a mi espalda cuando mis golpes amenazaban ya con derribar la puerta del piso señalado con la letra B.

—¡Si no cesa de armar escándalo, llamaré a la policía!

Me volví. Una señora de cabellos canosos y envueltos en una redecilla, que vestía una bata ridículamente corta, me contemplaba con ojillos aviesos a través de una rendija.

Forcé una sonrisa amable y me disculpé.

—No sabe cuánto lo lamento, señora, pero se trata de un caso urgente. Busco a la señorita Cherry Carson —dije.

El agrio rictus de la mujer se suavizó.

—¡Ah, ésa! —exclamó, despectivamente. Y añadió—: No la encontrará aquí. Apenas viene por su piso desde que frecuenta la amistad de ese policía. La señorita Carson no es una persona muy respetable, si me permite decirlo. Sobre todo, desde que... Bueno, desde que comenzó a usar la jeringuilla.

Tuve un barrunto. Un pensamiento pasó celéreo por mi cerebro.

—Su amigo el policía, ¿es acaso el teniente Blakener? —pregunté dulcemente.

—Le conoce, ya veo —respondió desabridamente aquella arpía—. Créame, esa muchacha se ha ido degenerando desde que conoció al policía. Pero quizá usted sea uno de ellos —exclamó con súbito temor.

—¿Tengo acaso cara de policía? —respondió apresuradamente—. Precisamente pertenezco a la Asociación Civil de Lucha contra la Droga, una sociedad altruista. Tememos por la salud de la señorita Carson, eso es todo —inventé sobre la marcha.

—Ah, eso es otra cosa —se tranquilizó mi interlocutora—. Si quiere encontrarla, no tiene que ir muy lejos. Probablemente, la

señorita Carson estará emborrachándose y pinchándose en Chez Brigitte, el club situado al final de la calle.

Le di las gracias con la mejor de mis sonrisas y me escabullí escalera abajo. Diez minutos después penetraba en aquel antro pseudo-francés denominado Chez Brigitte.

Encontrar a Cherry me costó una propina de cincuenta dólares y un derroche de diplomacia. Finalmente, un camarero me guió hasta una habitación del piso superior.

—Está ahí. Lo mejor es que se la lleve, si la aprecia en algo. Esta chica acabará cualquier día en la Morgue si alguien no se preocupa de ella —me indicó el camarero.

Cherry yacía sobre un lecho no demasiado limpio. Una breve observación me bastó para comprobar que aquella muchacha estaba convertida en un desecho humano. Sus ropas estaban manchadas de vómitos, su pulso era acelerado y, sin embargo, su piel estaba fría como el hielo.

No sé si había emprendido un trip o simplemente estaba borracha. La puse en pie, la abarqué por la cintura y la saqué de Chez Brigitte.

A las siete de la mañana, el «Buick» azul robado en Bolth River penetraba en el taller de Bull Wellard. La calle estaba desierta, por fortuna.

Nunca podré olvidar la expresión de Tony Carson cuando me vio llegar arrastrando aquel fardo inanimado que era Cherry.

—¡Dios mío! —murmuró—. No parece la misma muchacha que dejó de ir a visitarme a la prisión hace unos pocos meses.

—Blakener tiene la culpa. No sé de qué artes se habrá valido para ganarse la voluntad de tu hermana —respondí—. En cualquier caso, está claro que Blakener sólo tenía un objetivo: conseguir que Cherry te sonsacara.

—¡Mataré a Blakener, mataré a ese tipo aunque sea lo último que haga! —barbotó Tony, fuera de sí.

—Olvidemos a Blakener por el momento y ocupémonos de esta pobre criatura —propuse.

—¿Qué vamos a hacer con ella?

—De momento, quitarle estas puercas ropas y acostarla.

Cuando amanezca, despertaré a Bull y haremos venir a un médico de confianza, vamos, ayúdame.

Subimos a Cherry al piso superior, la libramos de sus malolientes ropas y la acostamos. Estaba fría como el hielo, pero respiraba.

Cuando volví poco después con un par de botellas de agua caliente, Tony sollozaba contemplando el pálido rostro de su hermana.

—¡Dios mío, Dios mío...! —le oí gemir.

Lo tomé por los hombros y le llevé junto a la lumbre. Eché un poco de coñac en dos vasos sucios y bebí de uno.

—Tony —dije—, ¿te importan mucho esos dieciocho millones que tienes escondidos?

—Antes sí me importaban. Eran mi salvoconducto contra Blakener y los otros y también mi seguridad y la de Cherry. Pero ahora... ahora sólo quiero vengarme de ese canalla —respondió con un temblor convulsivo de los descoloridos labios.

—En tal caso, debes decirme dónde está el furgón con el dinero. Si confías en mí, yo me ocuparé del resto —prometí.

—¿Qué piensas hacer? —demandó. Y la desesperación vibraba en sus palabras.

Se lo expliqué.

—Es muy fácil: basta con descolgar el teléfono e informar al Departamento del Tesoro. Denunciaremos a Harleigh, a Martoon, al capitán Maninway y al teniente Blakener, y les indicaremos el lugar exacto donde reposan dieciocho millones de dólares. A los policías federales del Departamento del Tesoro les apasionará nuestra historia. Ellos se encargarán de todo.

Tony no parecía muy satisfecho.

—¿Y crees que todo eso servirá para neutralizar a Blakener? Han transcurrido casi cinco años y no tenemos pruebas contra él. Se reirá de nosotros. Y sólo conseguiremos volver a la prisión con una nueva acusación: quebrantamiento de condena.

—Tú no conoces bien a los agentes del tesoro: cuando encuentran una pista no la abandonan hasta llegar al final del asunto —intenté convencerle—. Además, ¿qué mejor prueba contra esos criminales que los dieciocho millones de dólares? Ese dinero está registrado y podrá controlarse fácilmente su numeración. Harleigh será el primero de los acusados. Éste, a su vez, denunciará a Martoon y a los policías de Ballington, Cuando Blakener se vea

perdido, acabará confesando el asesinato del agente Tryon y los de tus compañeros.

Debí poner mucha convicción en mis palabras, porque Carson acabó aprobando mi plan, aunque se mostraba muy inseguro y nervioso.

—El teléfono está arriba. Voy a telefonear en seguida —dije.

Subí apresuradamente los peldaños y me dirigí al final del pasillo, donde había visto un teléfono colgado de la pared.

Pero antes de descolgar el aparato, me detuve.

La puerta del dormitorio en el que habíamos acostado a Cherry estaba abierta de par en par y el viento la empujaba con violencia.

Corrí hacia allí. La ventana estaba abierta y la persiana alzada. El lecho estaba deshecho y vacío. No había rastro de Cherry Carson.

No tardé mucho en comprender que la muchacha había vuelto en sí y huido. Para ello, había anudado dos sábanas y una colcha, que evidentemente le habían servido para descolgarse al patio interior.

Asomando al exterior, todavía pude ver las huellas de sus pies profundamente marcadas sobre el manto de nieve que cubría el suelo.

¿Qué iba a ocurrir ahora? Según los informes que poseía, el teniente Blakener dominaba por completo a la hermana de Tony Carson. Aquella infeliz drogadicta, a la que probablemente el policía abastecía de drogas, correría a informar a Blakener y les llevaría hasta nuestro escondrijo.

Maldije entre dientes al considerar que la estupidez de Cherry podía echar a rodar nuestro plan. De todas formas, no valía perder el tiempo en lamentaciones inútiles: Tony y yo debíamos huir en seguida.

Descendí atropelladamente los peldaños de la escalera. La silla de Tony estaba vacía.

—¡Eh, Tony! —grité—. Tenemos que...

El cañón de un revólver se clavó con saña en mis riñones.

—¡Quieto, Walker! Ni un solo movimiento.

Contuve el aliento. Acababa de reconocer la odiosa voz del teniente Blakener.

Del pasillo que conducía a la cocina salieron dos policías que empujaban a Tony, esposadas las manos a la espalda.

Simultáneamente, otros dos hombres salieron del dormitorio de Bull.

—El mecánico está borracho como una cuba —dijo uno de ellos—. Apesta a *whisky* y no le despertaría ni la bala de un cañón. ¿Qué hacemos con él, teniente?

Blakener me obligó a avanzar unos pasos por el sencillo procedimiento de barrenarme los riñones con el cañón de su revólver.

—Olvidemos al mecánico. Traed unas esposas —ordenó.

Me esposaron rápidamente, mientras Blakener apoyaba su revólver en mi nuca. De repente me sentí impulsado hacia adelante y aterricé de mala forma contra el pavimento, a un palmo de distancia del fuego que todavía ardía en la chimenea.

Alguien me pisó salvajemente el cuello.

—Dale un consejo a tu amiguito, Walker —chirrió la voz de Blakener—. No me gusta desperdiciar energías, pero Carson se niega a decirme dónde escondió mi dinero. Será mejor para ti que le ayudes a recordar. O tal vez tú puedas decírmelo, sin más.

Blakener cargaba sus noventa kilos de peso sobre mi cuello. Las vértebras crujían ya a punto de romperse.

—Díselo, Tony —supliqué con un ronquido estrangulado.

No podía ver a Carson, pero sí oír su voz.

—No diré nada. Ese cerdo no se saldrá con la suya. Por mi parte, nada me importa ya —pronunció, sombrío—. Probablemente, Blakener me meterá un par de balazos en la nuca... Me tiene sin cuidado. Cualquier cosa es mejor que volver a la prisión.

Blakener aumentó la presión sobre mi cuello de forma insoportable.

—¡Tony! —grité—. ¡Ese tipo me va a fracturar el cuello! ¡Dile lo que quiere saber!

—No —denegó Carson tozudamente—. Acabo de preguntar al teniente por mi hermana. ¿Sabes qué ha respondido? La ha dejado en su apartamento después de ofrecerle un surtido de ampollas de heroína. Cherry no sabe lo que hace. Es capaz de inyectarse de una vez toda la «mierda» que este canalla ha puesto en sus manos... Morirá, es lo más probable Y yo no tendré a nadie en este mundo —terminó, desesperadamente.

—Me tienes a mí —respondí, farfullando cada palabra—. Yo

tengo más experiencia que tú, Tony, y sé que escaparemos de ésta. Confía en mí. Y ahora, dile a Blakener lo que quiere saber.

Sucedió una pausa de un largo minuto. Al cabo, Tony murmuró:

—Está bien, se lo diré. Pero no hay esperanzas para nosotros. Estos tipos son unos criminales, Doug. No esperes nada de ellos...

CAPÍTULO XIV

El potente *bulldozer* trabajaba sin descanso en el fondo del profundo barranco.

A poca distancia, el teniente Blakener y el capitán Maninway seguían ávidamente los movimientos de la máquina.

La pala mecánica había abierto ya una profunda zanja de unos tres metros de anchura. Pero el trabajo no avanzaba con la celeridad deseada por Blakener, el cual hostigaba constantemente al mecánico que manejaba el *bulldozer*.

En cuanto a Tony y a mí, permanecíamos esposados, espalda contra espalda, en el interior de un furgón de la policía.

Hacía un frío intenso allí dentro, pues las puertas del vehículo estaban abiertas de par en par. Y no nos servía de ningún consuelo contemplar el bello y agreste panorama nevado que se ofrecía a nuestros ojos.

Dos ceñudos policías nos vigilaban a pocos pasos de distancia. Y uno de ellos tenía una metralleta entre las manos. Los otros dos, armados de rifles, vigilaban desde unos riscos próximos, con la orden tajante de no permitir acercarse a nadie.

Pero ¿quién podía deambular por aquellos desolados y escondidos parajes en la mañana de Año Nuevo?

Tony había escogido el mejor lugar para sepultar su botín: el fondo de un profundo barranco situado en un lugar difícilmente accesible incluso a pie. A él y a sus «colegas» les había bastado despeñar el furgón hasta el fondo de la hendidura y volar después con dinamita un promontorio rocoso. El furgón había quedado enterrado bajo cientos de toneladas de tierra y roca.

—No empieza muy bien el año —rezongué.

—No debimos brindar con champaña por el año nuevo —gruñó

Tony—. Más que un brindis por una vida mejor, nos ha resultado un trágico brindis por la muerte.

Callamos, abrumados por nuestra angustiosa situación.

Lo había intentado todo. Incluso rogar al tipo de la metralleta que nos encendiera un par de cigarrillos. Por supuesto, que en aquel momento nos traía sin cuidado fumar: yo sólo pretendía que el policía se acercase a nosotros para intentar desesperadamente arrebatarnos la metralleta, lo que al menos nos permitía morir defendiéndonos. Pero aquel individuo de cara cuadrada y ojillos fríos no había atendido nuestra petición y se había mantenido siempre a distancia prudencial de nosotros.

Ni siquiera nos quedaba el recurso de huir a la desesperada. Unidos, como estábamos, por la espalda, apenas podríamos dar unos pasos antes de que dispararan contra nosotros.

Y no cabía hacerse falsas ilusiones. Blakener ya sabía lo que le interesaba. En cuanto encontraran el dinero, el tipo de la metralleta nos enviaría al otro mundo con una andanada de disparos.

En aquel momento oímos el grito de Blakener. Miramos hacia abajo y vimos emerger de entre la tierra húmeda y las rocas la silueta inconfundible de un furgón.

El mecánico bajó de la cabina del *bulldozer* y, ayudado por Maninway y Blakener, engancharon el paragolpes del furgón a la máquina. Un momento después, el vehículo, oxidado y abollado, era arrastrado al terraplén.

El cerrojo del portón trasero no se descorría fácilmente y Blakener empuñó un pico, con el cual desgajó el cierre en pocos minutos. Abrió el portón de un tirón violento y él y Maninway se precipitaron, ansiosos, al interior del vehículo.

Momentos después, Blakener volvía a aparecer y llamaba a grandes gritos a los policías. Los que estaban en los riscos descendieron a la carrera. Los dos policías que nos vigilaban a nosotros, vacilaron un momento, pero al fin bajaron también al fondo del barranco.

Miré con ansiedad el tablero de instrumentos del vehículo en el que nos encontrábamos. ¡La llave del encendido estaba en su sitio, tentadora!

—¡Vamos, Tony, es el momento que estábamos esperando! — grité a mi compañero. E intenté incorporarme y llegar al puesto del

conductor.

Todo fue inútil: unos grilletes nos sujetaban férreamente al respaldo del asiento.

Abajo se oyó el estrépito de una ráfaga de metralleta. Me erguí cuanto pude para mirar a través del parabrisas y vi a Maninway, que disparaba su pistola contra el mecánico del *bulldozer*. Sorprendido, aquel infeliz no pudo hacer nada por defenderse y cayó acribillado a balazos.

Blakener emergió del furgón y gritó algo a su jefe, al tiempo que señalaba perentoriamente en nuestra dirección.

—Han matado a todos —susurró Tony, tembloroso—. Debimos suponerlo: esos tipos quieren todo el botín para ellos solos.

A pesar del frío intenso, comencé a sudar copiosamente. Maninway y Blakener ascendían despacio la empinada pendiente. El capitán empuñaba su «Magnum» de grueso calibre y el teniente apretaba entre sus manos la metralleta con la que acababa de asesinar a sangre fría a cuatro de sus colaboradores. No había dudas respecto a sus intenciones: venían a por nosotros. Se habían propuesto no dejar con vida a un solo testigo.

Llegaron arriba jadeantes, pero un brillo de locura destellaba en sus ojos. Maninway abrió el portón trasero de un empujón, subió de un salto al furgón y se volvió un momento hacia el teniente.

—Vigíelos, Hugh. Voy a soltarlos.

Miré a Blakener y vi un destello homicida en sus ojos. Su metralleta comenzó a escupir plomo a llamaradas. Despedido violentamente por los impactos, Maninway cayó sobre mí en el momento en que yo me inclinaba hacia adelante, creyendo firmemente que había llegado mi última hora.

La sangre que manaba de las heridas de Maninway empapó mis cabellos. Sin embargo, no sentía ningún dolor: estaba vivo. Poco después, comprobé que también Tony había salido indemne.

Aparté a Maninway de mí en el momento que Blakener subía al furgón. Sonreía cínicamente cuando aseguró:

—Cuando se emprende una tarea, hay que rematarla dignamente.

—¿Es que no va a matarnos? —pregunté, incrédulo.

—Cada cosa a su tiempo —respondió, sonriente. Y mientras acercaba el cañón de la metralleta a mi estómago, se inclinó y soltó

los grilletes que nos sujetaban al respaldo.

Nos obligó a bajar y arrastrar el cadáver de Maninway pendiente abajo.

No era difícil imaginar que Blakener dispararía contra nosotros en cuanto llegásemos al hoyo que había abierto el *bulldozer*. Después arrojaría al fondo los cadáveres y manejaría la máquina para cubrir la fosa. Era muy probable que comenzase a nevar pronto, a juzgar por los negros nubarrones que provenían del sur. La nieve terminaría velando todo rastro del atroz crimen.

Aunque Tony y yo retrasábamos nuestro paso en lo posible, al fin llegamos abajo. Oí un rumor a mi espalda: Blakener estaba recargando su metralleta. Luego alzó el arma y nos encañonó.

Pero súbitamente brotó de la espesura un estrépito de palas batientes. Blakener se volvió de un brinco en el momento en que el helicóptero surgía por encima de las copas de los abetos. Disparó rabiosamente, en un loco intento por abatir el aparato. Pero las palas elevaron un torbellino de nieve y le cegaron.

Luego se oyó el apagado pac de un disparo y Blakener cayó al suelo maldiciendo. La metralleta resbaló sobre la nieve y yo la envié barranco abajo de una patada.

El helicóptero descendió sobre el terraplén y se posó en el suelo. Vi descender a dos hombres inclinados que venían hacia nosotros. ¡Y uno de ellos era el magnífico Bull Wellard! Salieron del helicóptero otros dos hombres con metralletas en las manos.

Uno de ellos era el jefe Glen Roberts, del Departamento del Tesoro. Le pedí que registrara los bolsillos de Blakener, al que encañonaba uno de los agentes federales, y trajera la llave de las esposas.

Blakener tenía una herida en el pecho. Su gabardina se estaba empapando de sangre.

—Ocupense de él cuanto antes —recomendé al jefe Roberts—. Es un criminal sin escrúpulos, pero es preciso salvarle la vida: tiene muchas cosas que decir.

Tony y yo hicimos una sucinta declaración. Roberts pidió por radio que enviaran un par de ambulancias y nosotros fuimos trasladados en helicóptero a Ballington, en compañía de Bull Wellard, el cual nos lo explicó todo durante el corto viaje.

—Desperté y oí la conversación que manteníais Tony y tú —

relató—. Ya sabes que no me gusta inmiscuirme en los asuntos privados de los demás, por eso simulé que dormía. Oí el estrépito de la irrupción de los policías, y opté por seguir fingiendo. ¡No sabes cuánto me alegro ahora, socio! —Me golpeó en la espalda con fuerza—. En cuanto quedé solo en casa, me puse bajo la ducha fría y en seguida subí a telefonar. Creo que debéis la vida al jefe Roberts: desde el principio, creyó en mis palabras y decidió dirigir la operación.

Y eso es todo.

* * *

Blakener fue sometido a interrogatorio al día siguiente. Se «derrotó» con increíble facilidad para un hombre que presumía de duro. Y naturalmente, trató de descargar sus culpas en Clive Harleigh y Dick Martoon, a los que acusó desde el primer momento.

Tony Carson compareció ante el juez, el cual consideró que mi amigo había pagado cumplidamente todos sus errores y decretó su libertad incondicional. En cuanto a mí, recibí una severa amonestación por parte del magistrado, que finalmente me condenó a tres meses de libertad vigilada por mi complicidad en la fuga de Carson.

Rubi, Chad y Joe fueron detenidos por la policía federal. Confesaron que trabajaban por encargo de Hugh Blakener, al igual que otros ocho jóvenes de conducta irregular, a los que el policía obligaba a desempeñar trabajos sucios bajo la amenaza de enviarlos a prisión.

Cherry Carson fue ingresada en una clínica especializada en la rehabilitación de drogadictos Tendrán que pasar varios meses antes de que pueda reintegrarse a la vida normal, pero los médicos comían en que se recuperará totalmente.

Tony ha obtenido un empleo —¡cosa increíble!— de conductor de un furgón blindado en una empresa rival de la Martoon Security Group y se ha tomado muy a pecho su trabajo.

Probablemente, Hugh Blakener será condenado a muerte. Aunque es posible que le conmuten la última pena por la de reclusión a perpetuidad. Harleigh y Martoon esperan crecidas condenas y han sido relevados de sus cargos. Ballington se ha

conmoverlo al conocer que su pomposo alcalde estaba involucrado en turbios negocios. Pero todo se olvidará con el tiempo.

En cuanto a mí, Bull Wellard me ha aceptado en su taller como trabajador a sueldo. Es un gran tipo: me ha ofrecido un porcentaje extra sobre mis trabajos y probablemente acabaré asociándome con él.

Lamentablemente, me vi obligado a devolver los veinte mil dólares que obtuve a cambio de mi participación en la fuga de Carson. No reintegré el dinero voluntariamente, lo confieso: hice una prueba y comprobé que era dinero robado, por lo que entendí que lo mejor era librarme de él cuanto antes.

Naturalmente, he tenido que renunciar a mi *suite* del Carlston. Fui allí a cancelar mi cuenta y subí a visitar a Edelweiss. En cuanto me vio, se arrojó como un alud en mis brazos y me abrazó y besó como un torbellino.

—¡Doug, oh, Doug! —gimió—. ¡Creí que no volvería a verte jamás...!

Teniéndola firmemente abarcaba entre mis brazos, experimenté un sentimiento muy especial. Ya no era simple deseo carnal el que me impulsaba hacia aquella mujer. Era una sensación mil veces más íntima, cálida y trascendente.

—Tú y yo, podríamos... —Comencé a decir con timidez.

—¡Quiero Doug, sabía que algún día terminarías diciéndome que me amas! —susurró trémula.

—Pero, bueno, ¡todavía no he dicho nada! —protesté.

—Hay cosas que no es preciso expresar con palabras —respondí, con un brillo tierno en los ojos oscuros.

—Creo que estás en lo cierto —le dije. Y pregunté si podíamos utilizar mi *suite* por última vez.

Edelweiss se ruborizó intensamente, pero luego me tomó por la mano y me arrastró hacia la *suite* 84.

En cuanto a lo que sucedió allí, ¿es preciso describirlo minuciosamente?

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] En inglés, bird significa pájaro. < <